LA NOVELA SEMANAL



"LADRONA DE AMOR"

Mayo, 28 N.º 289



Aguas de Colonia

Dubarry

Destiladas sobre flores

El comienzo del invierno, la estación social por excelencia, induce a recordar a las Colonias Dubarry como el complemento insubstituíble para toda presentación elegante.



LE SANCY *al Lilas*
La última deliciosa creación.
Frascos:
Grande... $ 6.90
Medio.... » 3.90
Cuarto.... » 2.50

Kendal
Exquisita y suave. En frasco grande..... $ 5.80
Loción ... » 3.60

Duc
De muy delicado aroma. En frasco grande... $ 5.80

LE SANCY *al Vetiver*
De perfume muy agradable.
Frascos:
Grande... $ 5.70
Medio.... » 3.30
Cuarto... » 2.-

SE VENDEN EN TODAS LAS PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS DEL PAÍS

Tales precios rigen en la capital. En el interior se aumentan 20 centavos sobre los frascos grandes y 10 centavos sobre los demás. En la República del Uruguay son los mismos precios convertidos en pesos oro uruguayo

Perfumeria **Dubarry**

Medrano, 458 76
Buenos Aires

Defensa, 1575/85
Montevideo

LA NOVELA SEMANAL

REVISTA LITERARIA

Aparece todos los lunes con una novela de gran actualidad y selectas e interesantes colaboraciones debidas a la pluma de los mejores escritores argentinos. — Precio de venta al público: ejemplar de la semana y atrasado, 10 cvos. Subscripción anual: $ 5.

EL SUPLEMENTO

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Aparece el 1.ro y 15.to subterráneo de cada mes, conteniendo cuentos, novelas y notas variadas de los más conocidos escritores del país y extranjero. — Precio de venta al público: 20 centavos el ejemplar de la quincena y 40 centavos el atrasado.

Precio de Subscripción	CAPITAL	INTERIOR	EXTERIOR
Trimestre	$ 1.20	$ 1.60	——
Semestre	" 2.40	" 3.20	——
Año	" 4.80	" 6.40	$ 4.00 oro

Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, España, EE. UU. de Norte América, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Perú, San Salvador, Santo Domingo, Uruguay: Año $ 4.80 oro

Representantes exclusivos:

Capital Federal: Domingo Prigue

República Oriental del Uruguay: J. y R. Silveira, Cerrito, 445, Montevideo.

" del Paraguay: Emiliano Fernández, Palma, 78, Asunción.

" de Bolivia, Arno Hnos., Venezuela, 136, La Paz.

Dirección, Redacción y Administración: Chacabuco, 357. - U. T. 33-0046, Av

Suscripciones combinadas a LA NOVELA SEMANAL y EL SUPLEMENTO

Recomendamos especialmente a todos nuestros lectores la conveniencia de subscribirse a las dos publicaciones de esta empresa para asegurarse de no interrumpir el recibo de ambas revistas. Como esta empresa no escatimará en lo sucesivo ninguno de los gastos que origine, es fácil que los suscriptores pierdan de adquirir algunos de los números pertenecientes a los títulos que se agotan tan rápidamente.

SUBSCRIPCION ANUAL COMBINADA Ambas publicaciones: «La Novela Semanal» y «El Suplemento». Capital, $ 8.— Interior, $ 10.—

Las personas que tengan interés por la venta de LA NOVELA SEMANAL y EL SUPLEMENTO en las localidades del interior de la República donde no tengamos representante, pueden solicitar informes para hacerse cargo de la agencia de ambas revistas, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Administración, Chacabuco, 357, Bs. Aires.

Recomendamos a nuestros lectores lean la página 21, pues les resultará de provecho.

A LOS ESCRITORES

No se aceptan trabajos en esta Dirección que no sean escritos a máquina; toda producción debe venir con el nombre y dirección del autor; no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia sobre los mismos. El trabajo aceptado lo será en una carta dirigida por la Dirección al escritor, no dándose razón en otra forma de las obras presentadas.



Las señoras que abandonan

los cuidados de su cutis, renuncian, de hecho, a la belleza física. Por el contrario, las que se preocupan de la piel del rostro, ostentan siempre encantos y atractivos faciales.

Con el uso diario del Polvo Graseoso

LEICHNER

se consigue la posesión de un cutis fresco, suave, delicado y transparente, que comunica a la cara de la mujer el natural hechizo de la juventud y belleza femeninas.

MENDEL y Cía.

BUENOS AIRES—GUARDIA VIEJA, 4439
MONTEVIDEO—CERRITO, 673

Library
University of Miami

EL LU

A L

p

La poderos
este trabajo
tensidad de
lector, en u
santes, hasta
reguero de e
Además, se
correspondien
secciones que

El 16 de
Recomendam
no lo han hec
del subterráne

Lea en la
y notas sensa
aparecerá el

LADI

E D

M I rostr
a pesa
oració

"¡Oh, tierr
Mas he aquí q
alturas...

"Mas los a
volveré..."

Cerró el p
miraron sin m
dejaban siempr

¡La pacien
de agua en tier

Ante aquel
ante el huerto
que algo del p
trales.

"Mas los a
volveré..."

¡Cuánta m
muerte!

AÑO VII BUENOS AIRES, 28 MAYO 1923 NUM. 289

Dirección: MIGUEL SANS

EL LUNES PROXIMO PUBLICAREMOS

ALMA DOLIENTE

por MENOTTI DEL PICCHIA

La poderosa imaginación de este afamado escritor brasileño, alcanza en este trabajo límites que difícilmente serán superados. Novela de una intensidad de emoción que subyuga desde el primer instante, conduce al lector, en una descripción de situaciones epi ódicas sugestivas e interesantes, hasta un desenlace que deja en el fondo de las almas un suave reguero de ensueño.

Además, se continuará la publicación de la famosa novela "A ciegas", correspondiendo esa parte a Marcelo Peyret; y las interesantes notas y secciones que componen el material de "La Novela Semanal".

El 16 de MAYO apareció el N.º 52 de "El Suplemento". Recomendamos a nuestros lectores lo adquieran inmediatamente, si no lo han hecho ya, a los vendedores de diarios, kioskos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles o a nuestros agentes del interior.

Lea en la página N.º 20 el título de algunas de las novelas y notas sensacionales que publicaremos en el N.º 53, que aparecerá el 6 de Junio próximo.

LADRONA DE AMOR

NOVELA INÉDITA, ORIGINAL DE

EDGARDO GARRIDO MERINO

Mi rostro está enlodado con lloro, y mis párpados entenebrecidos, a pesar de no haber iniquidad en mis manos, y de haber sido mi oración pura.

"¡Oh, tierra!, no cubras mi sangre, y no haya lugar a mi clamor... Mas he aquí que en los cielos está mi testigo, y mi testimonio en las alturas...

"Mas los años contados vendrán, y yo iré el camino por donde no volveré..."

Cerró el p[illegible] Higgins la Biblia y sus ojos pequeñines y claros miraron sin mirar hacia el paisaje, en esa actitud meditativa en que le dejaban siempre las sagradas palabras de Job.

¡La paciencia, la resignación!... Bien la necesitaban, como tributo de agua en tierra seca, su alma y su cuerpo...

Ante aquel campo de tierras ocres, manchadas de nieve enlodada; ante el huerto raquítico, de floración desmedrada, marchita, parecíale que algo del pacífico leproso de Ilus alentaba en aquellos parajes australes.

"Mas los años contados vendrán, y yo iré el camino por donde no volveré..."

¡Cuánta melancolía, plena de serenidad, ante el camino que va a la muerte!

El no poseía resignación; no, por el contrario. Sentíase acobardado por sus achaques, y sus setenta años — blancos de cana y apergaminados en el rostro enjuto — pesábanle como una carga demasiado grande para sus piernas débiles.

Toda su antigua reciedumbre de viejo galés se rebelaba, involuntariamente, al pensar en la muerte. Le sobrecogía la visión del camino desconocido...

Para contrapesar sus sentimientos, a fin de equilibrar su espíritu y conducirlo a la paz cristiana, abría la biblia, su vieja biblia de cantos dorados, en el "Libro de Job". ¡Y se anegaba en las frases pacíficas e iluminadas del estoico leproso!...

Era domingo, y las casas de la colonia galesa parecían dormidas. Afuera, en el camino, uno que otro "sulky" pasaba, al trote nervioso y cascabeleante de sus caballos, dejando dos rayas obscuras sobre la nieve cuajada.

Finalizaba agosto, y ya en los arbustos de la huerta notábanse pequeñas germinaciones de primavera.

El pastor Higgins pensaba, ahora, en cosas humanas: en la futura esquila de sus ovejas, en el resurgir de su huerta, en el buen riego de los campos... A todo año de nieve, sucedían veranos pródigos en agua.

Era necesario que nevase mucho para que toda esa nieve, retenida en los próximos ventisqueros, se deshiciese, luego, en el estío, para desmadejarse en los valles del Chubut. Todo el territorio esperaba sediento esos hilos de agua de nieve, que fertilizaban los pastizales y las huertas.

El recordaba sus cuarenta años vividos en la Patagonia. Vino con un puñado de galeses a fundar la pequeña colonia pastoril, que luego fué creciendo hasta hacerse un pueblo. Había visto desarrollarse la riqueza en el Chubut; Puerto Madryn, cuando él arribó a sus áridas playas, era un caserío miserable. En todos los labios estaba el nombre con que el naturalista Darwin bautizó la región: Tierra Maldita.

Pero de aquella maldición, de aquel páramo, de ese sequedal, fué surgiendo la vida de un pueblo. Los fuertes hijos del Condado de Gales no desmayaron; cuidaron de la tierra, roturaron y sembraron, acrecentaron sus majadas, y todo fué prosperidad en torno de sus cabañas.

Era una cruzada heroica contra el paraje inclemente. Pero el hombre rubio triunfó, y de aquella naturaleza salvaje, inhóspite, hizo una comarca semejante, en clima y aspecto, a un rincón campesino de Noruega.

Higgins casó en Puerto Deseado con una austriaca. Nunca lo hiciera Para un pastor evangélico el casarse es todo un problema. Aquella mujer, convertida al protestantismo, le prometió amor y paz. Pero nada de eso hubo en el hogar de Higgins.

Su vivir fué un martirio. Nadie, sólo Dios, presenció su largo calvario de veinte años.

Aquella mujer iracunda, que le reñía por todo, que le amargaba todos los minutos de la vida, era para su alma lo que las llagas para el cuerpo de Job.

Tuvieron dos hijas: Eva y Edith, dos niñas rubias, de un rubio casi rojizo, de ojos claros como su padre. Eran su única alegría de vivir, su consuelo, la almohada en que su cabeza anciana se reclinaba, confiada en lo futuro.

El ocultó, lo mejor que pudo, la triste verdad de su hogar. Buscaba la paz en Job, el resignado; levantaba los ojos hacia Dios y le pedía lo armase de paciencia, para no quebrantar la ecuanimidad y el reposo espiritual, que requerían sus obligaciones evangélicas.

Una tragedia ignorada, el adulterio quizá, o la sombra de un pecado frustrado, hizo más hondo el abismo que separaba a Higgins de su esposa.

Vivieron largos años en distintas habitaciones, y las dos hijas crecieron viendo que jamás sus padres cruzaban una palabra.

El pastor comía de prisa, con la vista lejana, como en un éxtasis, cuando no la clavaba insistentemente en el blanco mantel.

Una noche, Eva, la hijo mayor, se peleó con Edith. La pequeña fué, llorando, a los pies de su padre, a pedirle protección.

Alzó los ojos el pastor y, cuál no sería su asombro al ver el rostro de la niña surcado de arañazos...

—¡Fué Eva, papá!... ¡Eva, que es muy mala!...

Higgins, pálido, conmovido por el suceso, llamó a grandes voces:

—¡Eva, ven acá!...

Pero Eva se había refugiado en la habitación de su madre.

Golpeó el pastor en la puerta de la alcoba.

—Abre, Eva; tengo que hablarte...

—¿Para qué la quiere usted? — preguntó la esposa.

Higgins retrocedió ante lo imprevisto. Años hacía que su mujer no le dirigía la palabra.

—Necesito a Eva... ¡Eva, ven acá!...

La puerta se abrió y apareció en el umbral su mujer. Estaba despeinada, provocadora en su desnudez.

—Me estoy acostando... Mal hace usted en venir a golpear a mi puerta.

—Yo no he venido por usted. Eva ha arañado a su hermana, y es preciso reprenderla, castigarla...

Pero la madre, que siempre defendía a la hija mayor, rompió a reír burlescamente. Primero fueron burlas, luego insultos.

Higgins se aterrorizó. Aquellos insultos, groseros, infames, palabras de arroyo, cayendo en su rostro como pellas de lodo, le hicieron retroceder.

Cogió en sus brazos a Edith y la llevó a su cama. La arrulló, llorando, y la durmió. Cuando sintió la respiración de la nena, ya dormida, bajó a la huerta. Tuvo un acceso de desesperación.

Toda la paz de su alma caía por tierra. Las palabras soeces, los insultos groseros, parecían lenguas de fuego quemando y hollinando su blanca torre de marfil. Tardó horas en serenarse, y únicamente la lectura de varios pasajes bíblicos puso en su ánimo un poco de alivio.

Desde aquel día fué observando el carácter de Eva. Y tuvo una cruel certidumbre. La muchacha no se parecía tan sólo físicamente a la madre. Era como una copia minúscula de aquel carácter, como una prolongación de aquella mujer que sembraba la desgracia en torno suyo.

Edith se le parecía a él. Intimidada siempre por los regaños de la madre y por el espíritu voluntarioso de Eva, fué desarrollándose en un ambiente de timidez y cobardía.

Fué así cómo Eva, compenetrada del dominio que ejercía sobre la hermana menor, abusaba de ella en forma insolente y despótica.

Así crecieron las dos niñas; separadas casi por sus caracteres opuestos, buscando, la mayor, la compañía de la madre, amparándose la más pequeña a la sombra bonancible de aquel viejo sereno y místico.

Higgins, vestido siempre de negro, dobladas las puntas del cuello sobre el chaleco hermético, tocado por un sombrero hongo de anchas alas, solía pasear su silueta alta y delgada del brazo de la hija predilecta. Edith cuidó de sus libros; adornó con flores la capilla evangélica; fué la compañera espiritual del viejo pastor, en su soledad.

Dos años hacía que la madre había muerto, y la desgracia común pareció unir a las dos hermanas. Pero aquello no podía durar. Pasadas las lágrimas, Eva volvió a ser la de antes, y quizá con mayor intolerancia.

Había cumplido Eva los veintitrés años y Edith aun no llegaba a los veinte. Diversos los caracteres, sus fisonomías eran distintas a primera vista. Pero se daba en ellas un caso muy frecuente en la naturaleza: se parecían sin parecerse. Más que eso, eran iguales, y no se acercaban en semejanza.

Las dos eran rubias, las dos tenían ojos azules, las dos poseían idéntico perfil, pero, a pesar de ello, eran muy distintas. Eva era bonita y Edith fea. Era curioso ver cómo la naturaleza, con iguales elementos, había hecho dos rostros parecidos, el uno en belleza, el otro en fealdad.

Edith era algo así como la sombra de Eva, como una mala copia.

Los ojos azules de Eva tenían una expresión jubilosa. Los de Edith, siendo iguales en color, eran apagados y tristes. Los cabellos rubios de Eva adquirían sobre su frente la insolencia de un casco; en Edith eran caedizos y lánguidos.

El cutis blanco, lechal, en la mayor, era también albo en Edith, pero cristelado de pecas aurirrojas.

Eva era insolente, arrogante, de cuerpo esbelto y sensual. En Edith era tímido, escurridizo, ambiguo; cuerpo que prometía una soltería perpetua.

Y así como distintos eran sus aspectos, así los espíritus. Eva, muerta su madre, apareció ante los ojos atónitos del pastor Higgins como una resurrección.

Era "la austriaca" en todos sus movimientos. Era la misma que él conoció en Puerto Deseado: lagotera, hipócrita, callada, guardando para después el veneno de su silencio...

Aquellos largos días que Eva pasaba encerrada con su madre tuvieron su fruto.

Eva comenzó a mirarse en todos los espejos, a emperifollarse más de lo conveniente, a mirar al camino, desde el balcón, como en espera de un seductor.

Todo esto mortificaba a Higgins, pero callaba, temiendo ver estallar aquel carácter que amargó su existencia.

Edith le confió una tarde algo que le entristeció aun más: Eva se había apoderado, llena de avaricia, de todas las alhajas de su madre. Había escondido en los cajones de la vieja cómoda todo aquello que, en justicia, les pertenecía a ambas, por partes iguales, y como viera en manos de Edith dos o tres objetos de algún valor, se los arrebató casi por la fuerza.

Así, riñendo, desplegando Eva su autoridad voluntariosa; cediendo siempre, débil y resignada, Edith, transcurrieron dos años. El espíritu timorato seguía siendo esclavo, seguía dejándose dominar.

Higgins meditaba, con dolor, en todo esto. ¡Cuán amargo era para él, en su vejez, ver a Eva siempre dominante y egoísta! Era indudable que la envidia, esa envidia que armó el brazo fratricida de Caín, alentaba en el corazón de su hija mayor. Y lo extraño era que la bonita envidiaba a la fea. Envidiaba la preferencia que el padre le demostraba. Todo en ella era egoísmo y envidia.

Siendo pequeña, el bastardo sentimiento se delataba en hechos inolvidables.

Toda caricia a la hermanita menor causaba rabietas y crisis de nervios en la voluntariosa Eva. Siempre tuvieron que vestirlas iguales, como a dos hermanas gemelas, pues Eva no hubiera estado tranquila al ver que Edith poseía algo que ella no tenía.

Se detuvo el pastor bajo un árbol. De la casa venía un revuelo de risas. Era Eva que reía, con esa risa suya, tan femenina, tan histérica.

Estaba de visita Thompson, un rico ballenero de Port Stanley, que había llegado a Puerto Madryn por razones de salud. Desde hacía tres meses visitaba con frecuencia la casa de Higgins, y muy en especial, los domingos.

Comía en casa del pastor, y luego, de sobremesa, narraba a las dos hermanas aventuras extraordinarias de su vida de marino, allá en los canales o en el archipiélago.

Thompson era un poco fantástico, y, como mentía más de lo conveniente, Higgins creía prudente ausentarse, para no autorizar con su presencia tamaños dislates.

Bajaba entonces a la huerta, donde todo era reposo y verdad...

—¿De qué ríes, Eva?...

—Figúrate, papa, que Thompson dice que una vez una ballena...

Y venía el embuste, la graciosa mentira.

Edith tan sólo sonreía. Miraba a hurtadillas a Thompson, y parecíale simpático y noble aquel hombreton de rudas manos tatuadas y rubios cabellos sobre la piel tostada por los aires del mar.

Thompson hablaba de las Islas Malvinas, de aquel puerto en que vivía, circundado de colinas en que pastaban las ovejas; de aquellas dos calles paralelas, con exiguo comercio; en una palabra, evocaba con frases pintorescas el vivir patriarcal de aquella posesión inglesa, visitada de tarde en tarde por los barcos del Reino Unido.

Eva le oía con alegría. Todo lo que hablaba aquel hombre le hacía gracia. Y era que Thompson había venido a despertar en ella su corazón de mujer; había hecho estallar la sana risa en sus labios, floreciendo su imaginación en un anhelo amoroso.

Thompson seguía mintiendo, con esa serenidad inmutable de los ingleses, que hace aun más cómicas sus palabras.

—Vamos, hombre de Dios — refunfuñó Higgins. — ¡Hasta cuándo va a estar contando paparruchas!

Reía Eva, y reía de tal suerte, con tanto arrebato, que el pastor hubo de llamarla al orden.

—No rías así, Eva. Es preciso tener medida en la risa...

Eva había dicho una frase burlesca, que hizo que Thompson se pusiera momentáneamente serio. Edith esbozó un gesto de resignación.

Entonces el pastor, para poner orden en los ánimos y volverlos a la serenidad, creyó prudente balbucear un proverbio de la Biblia:

"Aun en la risa tendrá dolor el corazón; el término de la alegría es congoja..."

Cayeron las palabras, sentenciosas, como un calmante.

Dejó de reir Eva, y le pareció que todos estaban tristes a su alrededor.

Thompson, olvidando la burla, sonrió, con ese sonreír desganado con que se pacta después de un disgusto. Y miró a Edith, a los ojos, a Edith, que parecía más seria que nunca, con esa expresión de melancolía y ausencia, que eran la antítesis del fresco reír de su hermana...

* * *

THOMPSON se marchaba ya del Chubut. Volvería, dentro de pocos días, a recluirse en su isla, y de toda aquella amistad quedaría tan sólo un recuerdo.

Eva había pensado en aquel hombre más de lo necesario. No sabía ella, a ciencia cierta, si le amaba, pero, eso sí, parecióle grata su compañía y no le disgustaba como marido, a pesar de sus cuarenta años cumplidos.

Pero todas las sonrisas y miradas de Thompson a nada comprometían. Burla burlando, él le había expresado lo feliz que sería llevándola a Port Stanley, pero no hubo la ansiada declaración amorosa.

Y aquel hombre se marcharía dentro de dos días, para siempre, a vivir en la isla.

Era la primera vez en su vida que Eva vió truncadas sus ilusiones. Thompson se iría sin hablarle, y aquello le irritaba. Toda su vanidad sangraba, y un llanto de despecho quemó sus bellos ojos. ¿Qué se había creído ese hombre? ¡Oh, no se iría así, sin quedar comprometido formalmente! Y una luz extraña, luz diabólica, que solía encenderse en su espíritu, asomó a las pupilas. Ella no le perdería. Bien sabría ella retenerle para siempre en sus redes...

Thompson fué aquel domingo a despedirse.

Al día siguiente saldría el vapor...

Conversaban, a solas, en el jardín. El pastor había sido llamado con urgencia por el viejo colono Paterson, que se encontraba enfermo de gravedad. Edith preparaba un postre para la cena, allá en la cocina... Elisabeth, la vieja criada irlandesa, andaba en domésticos trajines.

Thompson y Eva habían enmudecido y se miraban a los ojos. El camino estaba desierto y todo era silencio en la colonia.

—Feliz usted, Thompson, que se va. Debe ser muy grande emoción cruzar el mar y ver tierras distintas. Verdaderamente, lo envidio. No se imagina lo triste que es vivir siempre aquí, entre cuatro paredes. Se van pasando los años en una monotonía desesperante...

Hablaba con lágrimas en los ojos, con un dejo tal de melancolía, que Thompson se sintió conturbado...

—No lo crea usted, Eva. Quizá la verdadera felicidad consista en estarse quieto. Es más triste y peligrosa la vida de los pájaros que la de los árboles. El que echa raíces perdura más que el que vuela en todos los vientos...

Le había cogido una mano y la acariciaba suavemente.

—Eva, usted no lo creerá: jamás he sentido tanta pena como ahora. Me hacía tan dichoso su risa... Dentro de unos días la evocaré, allá lejos, como un sueño...

Los ojos azules del rudo hombre de mar se hicieron obscuros.

—Yo la quiero, Eva; la quiero con toda mi alma. ¡Con qué orgullo le diría: Eva, acépteme como esposo!...

Alzó Eva los ojos, radiante de alegría.

—¡Oh, Thompson!...

Pero el hombre enamorado se puso de pie, nerviosamente.

—Eva, por lo que más quiera, perdóneme. Yo no debía haber hablado; jamás debí decirle nada de este amor mío que me consume. Le suplico no lo repita a nadie. Reciba mis palabras como un homenaje... ¡Ah, si yo fuera libre!...

Eva le miró con asombro, casi con miedo.

—¡Cómo! ¿Acaso no es libre?... ¿Qué ha querido decir?...

—Sí, Eva; no soy libre, por desgracia. Todos lo ignoran y me halaga que me crean soltero. Pero soy casado...

—¡Casado usted!... ¡Oh, Dios mío!...

Todo el castillo forjado por Eva caía en tierra. No lo pudo disimular, y su rostro cayó abatido entre las manos. Dos deseos luchaban en su corazón: llorar mucho, y callada y mansamente, o bien alzarse contra el embustero y arañarle la cara con sus finas uñas...

—Perdóneme, Eva; soy muy desdichado. Mi mujer vive en Inglaterra. Estamos separados hace años.

Y, como queriéndola consolar, acarició con mimosidad la nuca desnuda de la joven.

Ella volvió el rostro, transfigurada.

—Tompson, yo lo quiero mucho... No se vaya, por piedad, no se vaya...

Se miraron a los ojos, y el marino sintió agolpársele la sangre en las mejillas...

—Eva, mi Eva...

No opuso resistencia, y su cabecita cayó desmayadamente sobre aquel pecho robusto.

—Yo te quiero... Nada de eso me importa... Quédate aquí o llévame... Pero no me dejes...

Y enrojecía ante la mirada brillante y sensual del inglés.

¿Era el capricho o el amor lo que arrastraba a Eva? Ella misma no hubiera podido descifrar su sentimiento confuso, obscuro. Estaba empeñada en salvar todo escollo, en ver a ese hombre a sus pies, besándola, adorándola, y ante la realidad, sus ojos se cegaban y sus oídos olvidaban las palabras que llamaban a juicio.

—Eva, chiquilla mía... ¡Mi Eva!...

Y se unieron los labios en un beso ardoroso, encendido por el deseo y alquitarado por la noción de lo prohibido...

* * *

EL pastor Higgins creyó morir. La fuga de Eva y Thompson había conmovido a toda la colonia.

La hija de la austriaca había demostrado, bien a las claras, sus instintos. Huía del hogar paterno en brazos de un hombre sin dios ni ley, que la arrastraba lejos de los suyos, deslumbrada por el espejuelo de sus monedas...

Eva se aburría, se moría de tedio en casa de su padre. Los mozos de la colonia no la cortejaban, pues la sabían pobre, sin dote.

¿Qué hacer allí, en aquel desierto, viendo pasar la vida monótona, siempre igual?...

Aquel hombre le prometía llevarla a Buenos Aires, hacerle conocer mucho mundo. Era la liberación y el amor, todo en uno.

No vaciló: Ella jamás había vacilado en sus resoluciones. Era impulsiva, loca, para el amor y el odio.

Edith se vió sola con su padre, y aunque lloró los primeros días, más bien de vergüenza por el escándalo y por el abatimiento del pastor, una secreta alegría íntima se posesionó de su espíritu.

Ahora se sentía libre. Como si Eva, con su voluntad dominante, hubiese sido la cadena perenne que la ataba a la timidez.

Acompañaba a su padre a toda hora; le leía, para evitar que el cansancio hiciese lagrimear los ojos del anciano; le servía de apoyo en sus largas paseatas por los caminos.

—Ahora estamos los dos, padre — solía decir con voz en la que adivinábase cierto regocijo. — Yo le quiero; yo estaré siempre a su lado...

Y ahora, su figurita menuda y tímida, ausente la hermana dominadora, se acrecentaba, adquiría mayor relieve.

Tuvo gusto por acicalarse, por rizarse los cabellos. Parecía que en la soledad de la casa, donde era la única ama, su cuerpo se esponjaba, se desentumecía; algo así como una metamorfosis, que dejó pensativo al pastor.

—Escucha, Edith: Me parece que en el fondo tú te has alegrado del baldón que Eva ha arrojado sobre nuestra casa. Desde que ella se fué con ese hombre infame, te veo más preocupada de ti, más enseñoreada de tu persona... Hasta diría que estás alegre...

—Perdóname, papá... Yo no sé si esto es cristiano o no. Sufrir, he sufrido tanto como tú. Lo que pasa es que ya no tengo a nadie que me oprima, que me obscurezca con su brillo, que me anonade con su carácter altanero...

Estaban en el huerto. El pastor se aproximó a un ciruelo y acomodó una rama que se aplastaba contra el muro. En la breve rama, casi sin hojas, dos frutos habían brotado en aquel sitio, aparejados, casi gemelos. El uno grande, sonrosado, maduro casi, dorado de sol, ufano en la parte libre. El otro, más pequeño, más menguado, aparecía aplastado contra el muro del bardal. Estaba pálido, descolorido, marchito casi antes de madurar. Y era que la ciruela grande, áurea por los besos del sol, ocultaba a la más pequeña, robándole aire y luz...

Edith quedó pensativa, contemplando la rama, como si ella simbolizase su propia vida. Aquel fruto oprimido era ella.

Se acercó al árbol, y con gesto de libertadora, arrancó la ciruela grande y la arrojó por encima del bardal.

Y suspiró, satisfecha, como si hubiese roto para siempre las cadenas que antes oprimieron su propia vida...

* * *

AQUELLA tristeza era una verdadera enfermedad. Higgins lloraba en silencio. Tras las gafas, sus ojos pequeños se empañaban, lagrimeantes; temblaban sus manos, y en todo él había un estremecimiento, una congoja, que iba minando su cuerpo. En balde Edith procuraba distraerlo. Algunos viejos galeses de la colonia venían a visitarle. Solían entusiasmarle con alguna partida de ajedrez, pero luego caía en desánimo y alma y cuerpo se desmayaban.

¿Dónde estaba Eva? El sabía que en Port Stanley ya no vivían. Thompson había liquidado sus negocios en la isla. Quizá estuvieran en Punta Arenas, donde él proyectaba radicarse.

Y el anciano rumiaba sus dolores, y pensaba con amargura en la hija pródiga, cuya risa alegre, cascabelera, resonara en la huerta.

Edith era buena, angelical, noble, pero no sabía reír como ella...

Las piernas torpes, débiles, se resistían a los largos paseos. Los ojos, de tanto llorar y leer la Biblia, fueron apagándose, cegándose casi.

Vino otro invierno más sobre las tierras ocres del Chubut. Invierno de nieve, que blanqueó los caminos y las huertas. Y el viento oeste, ese gran viento de la Patagonia, que invierno y verano sacude al paisaje, hizo rodar por las colinas los vellones de nieve como albos corderos...

La vida del pastor Higgins se fué extinguiendo lentamente. Murió como mueren los ancianos que caen heridos en el corazón: mansa y dulcemente, un anochecer, entre Edith, que sollozaba sobre las almohadas del lecho, el médico de la Colonia Galesa, que le cerró los ojos, y Elisabeth, la vieja criada, que, entorpecida por el pesar, entraba y salía de la alcoba, sin saber qué hacer.

Varias familias ofrecieron a Edith su apoyo, pero ella lo rehusó. Continuaría viviendo en la casa paterna hasta resolver su situación con más calma.

Al mes de haber muerto Higgins, se recibió una carta dirigida a su nombre. Venía de Punta Arenas.

Edith rompió el sobre y la leyó con avidez. Era de Eva, pero no escrita por ella, sino por el reverendo Sanford, pastor de Punta Arenas.

En ella pedía perdón, y además del perdón, amparo.

Thompson la había abandonado, marchándose a Inglaterra. Era un mal hombre, bebedor, mujeriego. Cansada de sus malos tratos, había pensado mil veces en volver al Chubut; pero, ¿cómo?

Ella rogaba, suplicaba el perdón para sus faltas. Sería una esclava, la última en todo. Ocuparía el menor sitio posible.

Era tan triste, tan suplicante; había tanto desconsuelo en ella, que Edith rompió a llorar.

¿Qué hacer? Lo consultó con Elisabeth, la vieja criada.

—Debe escribirle, hijita — aconsejó la anciana. — Dios nos manda perdonar. Si el pastor viviera, estoy segura que no le hubiera faltado protección.

Aquella misma noche le escribió una larga carta, contándole la muerte del padre.

"Ven. Yo te perdono, de corazón. Tú tienes, a pesar de todo, tantos derechos como yo a los bienes que ha dejado nuestro padre..."

Al mes siguiente se recibió un telegrama, indicando la fecha en que llegaría el vapor a Puerto Madryn.

Fué triste el arribo de Eva. Se abrazaron, llorando, las dos hermanas, allí en el muelle.

¡Oh, qué pálida, qué desfigurada venía!

Estaba más delgada, y los ojos, circuidos de ojeras, habían perdido la alegría de otrora.

En la Colonia Galesa se hicieron mil comentarios. Eva se refugió en la casa, y nadie vió su rostro, apenas entrevisto aquella mañana de lluvia, entre las negras gasas de su luto.

—Edith, hermanita... Ven acá... No sabes lo que pensaba en ti.

Y la besaba con mimo, casi maternal.

Aquel carácter, antes altivo, parecía ahora domeñado... Cuánta humildad en la voz, cuánta pesadumbre en todos sus gestos.

Edith le mostró, una noche, los recuerdos más queridos del padre: las gafas de cristales opacos, la Biblia, la vieja y resobada Biblia de cantos dorados, el blando y descolorido hongo de alas anchas... ¡Cómo lloraron al ver aquellos despojos!

Una semana más tarde, cierta noche, después de cenar, las dos hermanas hablaron de su porvenir.

—Yo no sé qué hacer — dijo Edith. — Aquí no tenemos más recursos que esta casa. Pero con la huerta y las ovejas no nos alcanzará para vivir.

—Yo creo que deberíamos irnos del Chubut — aconsejó Eva. — A mí nadie me mira a la cara, después de lo pasado. Luego tú, pobrecita, jamás encontrarás un novio...

Y habló de Buenos Aires, donde ella había vivido con Thompson algunos meses. ¡Oh, la gran ciudad, donde las mujeres ganan grandes sueldos, donde la vida es risueña y amable!

Edith quedó pensativa. Ella también anhelaba salir del Chubut. Las palabras de Eva, pintando los encantos de la metrópoli, la cautivaron.

Ellas sabían inglés, tenían cultura; aprenderían mecanografía y así no les sería difícil emplearse en algún banco o casa de comercio.

Consultaron a la vieja tía Ernestina, hermana de su madre, que vivía en Puerto Deseado.

La anciana contestó que ella no deseaba meterse en sus asuntos.

Era tía Ernestina la única persona ligada a ellas por parentesco, pero jamás se habían tratado.

Elisabeth, la vieja ama, las estimuló en sus proyectos. Ella iría con ellas y jamás las abandonaría.

Fué así cómo, después de arrendar la casa y de convencer a Mr. Patrick, tutor dejado por su padre, marcharon a Buenos Aires.

A los dos meses, Edith se ocupaba en una casa importadora de maquinarias, y Eva encontraba una plaza de dactilógrafa y traductora en el Banco del Reino Unido.

Mr. Patrick, el tutor, respiró, satisfecho.

Elisabeth era una buena mujer, casi una persona de la familia, y con eso bastaba.

En cuanto a él, bien a gusto se liberaba del compromiso de estar siempre vigilante de aquellas dos muchachas.

Decididamente, el pastor Higgins no supo hacer su elección. No era el egoísta colono hombre capaz del menor sacrificio por nadie.

* * *

TODOS los meses recibían el giro por el alquiler de la casa, y una breve carta de Mr. Patrick.

Edith le contestaba largamente, enviándole toda clase de pormenores acerca de sus vidas. A ella le habían aumentado el sueldo y estaba segura de que Eva tardaría poco en mejorar de situación.

Habían alquilado una casita en Flores, cerca del subterráneo. Elisabeth cuidaba de todos los quehaceres, mientras ellas trabajaban en la ciudad. Al anochecer se reunían y, juntas, volvían a casa.

Era una vida apacible, ordenada, metódicamente dispuesta.

Estaban contentas.

Los domingos iban al cinematógrafo con Elisabeth, la cual, con su pamela, y sus blancos cabellos, tenía todo el aspecto de una vieja matrona inglesa.

En el barrio, todos creían que Elisabeth era tía de las jóvenes, y ellas, deseosas de mayor respeto, no lo desmintieron.

Pero algo, en lo que Edith jamás hubiera pensado, ocurrió ante sus ojos asombrados.

Eva, a medida que transcurrían los meses, iba abandonando su humildad. La vida de Buenos Aires, activa, atrayente, llena de encantos, había puesto nuevamente un brillo orgulloso en sus pupilas azules.

Todo el arrepentimiento, el gesto de contrición, que había en su rostro, iba desapareciendo. Y así como el rostro iba coloreándose, volviendo a su esplendor, a su belleza, así el carácter iba tonificándose, haciéndose altanero y dominador.

Edith, lentamente, fué perdiendo terreno. Se sorprendió, a sí misma, en claudicaciones, y pronto se vió sometida al imperio de Eva, a su espíritu dominante...

Ella quiso rebelarse, pero ya era tarde. Hubo algunos choques, pero triunfó la risa irónica, la risa bulliciosa, histérica, de la hermana mayor. Edith, como el fruto de su huerta, sentía que la empujaban contra el muro y que la hermana, bella, altanera, cortejada en la calle por las miradas y piropos de los hombres, le robaba el aire y el sol.

Ella veía, respiraba, el triunfo de Eva. Para ella las mejores sonrisas en las tiendas; a ella le cedían, los mozalbetes, más pronto el asiento; a ella le decían flores, al pasar. Y Edith se miraba al espejo y se veía fea, enclenque, eclipsada, como si fuera la mala copia de una obra de arte.

Y como su corazón era bueno, incapaz de la envidia, se anegó en tristeza, con melancolía...

—¿Qué te pasa, mujer?... — solía preguntarle Eva. — Te veo triste... ¿Estás enferma?

Pero Edith callaba y sonreía, con dulce sonrisa de sacrificio...

* * *

EVA sentía repugnancia por el trabajo agobiante de aquella oficina. Ella carecía de paciencia, de esa resignación jóbica que caracterizaba a su hermana Edith.

En cambio, gozaba, abiertos sus sentidos, de todo momento de libertad. Los escaparates de las tiendas de lujo le llenaban la imaginación de quimeras. Un deseo inconfesable se fué así incubando en su espíritu.

Era indudable que ella no había amado. Su corazón no había experimentado una pasión verdadera. A Thompson lo quiso por capricho, por dar rienda suelta a su carácter voluntarioso. Ahora analizábase y veía que su corazón ansiaba amar, pero el hombre que ella se imaginaba llamado a comprenderla y a rodearla del bienestar que soñaba no aparecía aún en el escenario de su vida.

Dos compañeros de la oficina intentaron hacerle el amor, pero ella los rechazó. Eran mozos pobres, atenidos al sueldo, y ella no quería saber nada con la pobreza. Un hogar modesto de empleado subalterno, un hogar de "quiero y no puedo" le aterrorizaba hasta en pensamiento.

En la calle, en el subterráneo, tuvo admiradores, pero ella tenía para todos un gesto de desdén que les hacía desistir de todo afán de conquista.

Un muchacho pálido, muy alto, que vivía en Flores, logró interesarle; pero, a los pocos días de haberle alentado con sonrisas, le dió calabazas.

En el fondo, Eva se arrepentía de lo que había hecho, pero a pesar de todo le parecía haber procedido con cordura. Hubiera sido una necedad enamorarse de un hombre que ganaba trescientos pesos escasos...

Práctica, positivista, ella aguardaba la hora de valorizar muy alto sus encantos. Pero, por desgracia, transcurrían los meses y aquel hombre rico y enamorado, joven o viejo, lo mismo daba al caso, no surgía por ninguna parte.

Esto hizo que sus sueños ambiciosos se exacerbaran, amargándole el carácter notablemente.

Un cambio en el horario de Edith hizo que ambas volviesen a casa, a distintas horas. Coincidió este cambio con una transformación en el carácter de la hermana menor. Sus ojos habían ido perdiendo su expresión triste; una sonrisa de satisfacción anímica le coloreaba el semblante, y había en toda ella como un sentimiento jubiloso de vivir.

Eva observó esta metamorfosis. Decididamente, le acontecía algo.

Una noche, Edith se confió a su hermana. Desde hacía un mes tenía novio. Y, al confesarlo, sus mejillas pecosas se arrebolaron.

—¿Y por qué me lo tenías oculto, mujer? ¿Cómo es él?

—Es buen mozo y, sobre todo, muy bueno... Se llama Ricardo Castellar. Es contador de una casa importadora. Le conocí en el subterráneo, y desde hace un mes nos vemos todas las tardes...

Alegróse Eva de corazón. Por fin Edith, su dulce hermanita, sabía lo que era amor. Bien a las claras se observaba en el tocado de su hermana a la mujer enamorada. Libre de la influencia de Eva, rizados los cabellos con tenacilla, vestida con mayor coquetería, Edith había encontrado novio.

Y en verdad que nada hay que alegre más un rostro y hasta lo embellezca, como el amor.

Un sábado por la tarde, Eva y Edith salieron de paseo, por los andenes de la calle central de Flores, como si fuese una estación de pueblo.

Edith esperaba, impaciente. Ricardo vendría esa tarde a la plaza, donde ella le presentaría a Eva.

A la media hora, un hombre delgado y moreno se detuvo ante ellas, sombrero en mano. Edith hizo las presentaciones.

Eva lo miró a conciencia. No era, sin duda, tan buen mozo como lo pintara Edith, pero había en él una gran fuerza de simpatía. Tenía unos hermosos ojos negros, las facciones grandes, pero correctas, y cier-

to desaliño en los cabellos que le daba un aspecto romántico. Vestía con buen gusto, y era distinguido en todos sus modales.

Conversaron. Eva, sin saber por qué, estuvo alegre y dicharachera, haciendo reir con sus palabras al joven. Esto contribuyó a que pronto reinase confianza entre ellos. Edith, en el fondo de sus pensamientos, estaba satisfecha, aunque hubiera querido que Eva hablase menos, pues con sus bromas se atraía ella sola la atención de Ricardo.

Desde aquel día, Castellar visitó la casa dos veces por semana.

A los tres meses, aquello se formalizaba. Castellar hablaba de matrimonio, y sólo aguardaba un aumento de sueldo para llevar a Edith al altar.

¡Con qué alegría hacía la pequeña sus proyectos!

—Cuando me case...

Este "cuando me case" causaba en Eva una sorda irritación. Callaba, y pensaba con amargura en aquel hombre rico y liberador que sólo vivía en sus sueños. En cambio, Edith tenía un novio formal, un hombre serio, trabajador, correcto en todos sus aspectos, capaz de hacería feliz, con esa felicidad serena y parca de los hogares medianos.

Eva procuraba no estar presente durante las visitas de Ricardo. Le violentaba el oirles hablar en voz baja, como si siempre tuviesen un secreto que comunicarse... Varias veces les sorprendió cogidos de las manos, sonrientes, mirándose a los ojos...

Se volvió taciturna. Edith, la pequeña, la poquita cosa, la mosquita muerta, había cautivado a un hombre bien parecido, y ella, mientras tanto, soñando cosas ilusas, sin nadie que le hablase al oído y le dijese palabras encendidas de amor.

Miraba a hurtadillas a Castellar, y cada vez le parecía más agradable. Los cabellos lucientes, peinados hacia atrás, con algunas canas en las sienes, que le hacían más distinguido; el bigote recortado; pálido el moreno rostro; brillantes y decidores los ojos...

Castellar no era un hombre vulgar. Era tímido, quizá, un poquito encogido, como decía Eva, pero tenía una charla fina y caballeresca.

Una tarde, llegó de improviso. No era el día de costumbre, y las dos hermanas se sorprendieron de la inusitada visita.

Castellar venía radiante. No había querido aguardar dos días sin darles la noticia. Le habían ascendido a "jefe de la sección maquinarias agrícolas", y ahora contaría con un sueldo mayor de quinientos pesos...

Eva le felicitó, pero, sin darse cuenta. Lo hizo de dientes afuera. Pretextó un quehacer y los dejó solos, acariciando proyectos, en el comedor. Encerróse en su alcoba y se echó sobre la cama. Y lloró, lloró de envidia, como hacía mucho que no lloraba...

¡Ah, la mosquita muerta! Se casaría, formaría un hogar... Y ella, con sus veinticinco años cumplidos, esperando en vano, trabajando como una negra en la oficina, iría viendo pasar los años... Tal vez para vestir santos, o algo peor...

Recordó a Thompson, y sus recuerdos de mujer que ha conocido el amor del hombre que ofrece su brazo para andar por el mundo la conturbaron.

—¡Eva!... ¡Eva!...

La llamaban para cenar. Se roció los ojos con agua fresca y, sonriendo hipócritamente, volvió al comedor.

Edith y Ricardo no repararon en ella, tan embobados estaban con sus proyectos.

Aquella noche, después de cenar, tuvo un nuevo disgusto. Los novios, al quedarse solos un instante, se habían besado. Ella los sorprendió, tras la cortina, y aquel beso fué como un espolonazo dado a todas sus malas pasiones...

Antes de dormirse, se debatió en confusos pensamientos. Y la luz extraña, luz diabólica, que solía encenderse en su espíritu, asomó a sus pupilas.

* * *

DESDE aquel día Eva tuvo un modo especialísimo de mirar a Ricardo. Sus hermosos ojos, alegres, vivaces, le miraron honda y cariciosamente. Castellar sintió vibrar sus nervios al choque de esa mirada dulce, que a veces parecía suplicar.

¿Es que él, acaso, no había reparado en esos ojos luminosos? Los comparó imaginativamente, a los de Edith, pero los de su novia eran más pequeños, menos alegres. No tenían esa alegría cautivadora.

Eva buscó, con maliciosas artimañas, los medios de quedar a solas con Castellar.

Aprovechó estas circunstancias a las mil maravillas. Si hablaban, conducía la conversación por senderos escabrosos. Hablaba, con la respiración casi entrecortada, de sus anhelos de amar, de amar a un hombre bueno... Cierta vez, en voz muy baja, como una confesión, añadió:

— Yo sueño con un hombre que sea como usted, Castellar...

El quiso sonreír, pero no pudo. Sentía un malestar, como si un abismo se abriese ante él.

Eva sonreía, y casi con aire de niña golosa, se humedecía los labios con la rosada puntita de la lengua. ¡Cuánta sensualidad en esa boca pequeña y roja!...

Una tarde, Eva había aproximado su cuerpo al de Ricardo. El hojeaba una revista, y ella quiso ver un grabado. Inclinó ella la cabeza tras de él, y los cabellos rubios y alborotados acariciaron el cuello de Castellar.

Todos estos pequeños detalles, unidos a suspiros misteriosos, a miradas largas y hondas, a una mayor efusión en los apretones de manos, a palabras ambiguas, fueron desviando la atención de Castellar.

Varias noches llegó preocupado a su casa.

— Es extraño lo que me ocurre — se decía. — De un tiempo a esta parte, esa Eva está encantadora.

Y por primera vez pensaba que Edith no era hermosa como su hermana.

Una duda, una incertidumbre le asaltaba.

— ¿Es que acaso no estoy enamorado de Edith?

Y se hacía promesas formales de no mirar a la hermosa, de huirle los ojos, de evitar esos encuentros a solas.

Una tarde de diciembre, Castellar recibió un aviso en su oficina. Edith estaba enferma, con algo de fiebre.

Era sábado y Eva estaba en casa.

— ¿Qué le pasa a Edith? — preguntó con alarma.

— Es un fuerte resfriado. Desde anoche está con un poco de fiebre... Ahora duerme.

Entró de puntillas en la alcoba. Estaba en penumbra. Elisabeth, sentada junto al lecho, tejía en silencio. Edith dormía, apoyada la cabecita sobre la almohada.

Estaba pálida, sudorosa, enredados los cabellos, lacios y descoloridos.

Así, sin polvos, sin rizar, estragada por un día de ayuno, veíala más insignificante, más feúcha.

Miró a Eva y la encontró más arrogante que nunca. Llevaba una bata de seda, tan ceñida a las formas, que la estatua de su cuerpo modelábase fuerte y sensual.

El escote amplísimo dejaba ver la tersa blancura de sus carnes, y los brazos desnudos, mórbidos, parecían dos sierpes de pecado.

Salieron al comedor.

—Esperaré que se despierte. ¡Pobrecita! ¡Más vale que duerma!...

Se sentó y quedó con los ojos fijos en Eva.

Esta sonreía, humedeciéndose los labios.

Hacía calor, un calor de siesta, enervante. Un rayo de sol, aureo, magnífico, entraba en la estancia, dorando la figura de Eva.

—Anoche soñé con usted, Ricardo.

Al decirlo, Eva se sonrojaba...

—¿Y qué soñó?... Vamos a ver...

—Los sueños, cuando son agradables, no deben contarse. Así son cierto todo lo que en ellos es mentira... —contestó Eva, mirándole maliciosa.

—Ha conseguido usted intrigarme, Eva.

—¿Yo? No lo creo. Usted le tiene muy sin cuidado todo lo que de mí sea...

—No diga usted eso... A mí me interesa todo lo suyo...

—Pues le contaré...

Se acercó muy próxima a él, casi rozándole.

—Soñé que tenía un novio. Estábamos solos, conversando. El me besaba... —¡Oh, me da vergüenza decirlo!— cuando usted entró, sorprendiéndonos.

—¡Es gracioso!... —rió Castellar.

—Pero es el caso que usted se indignó contra mi novio y amenazó pegarle. Usted discutía con él, y luego se venía a mí, pidiéndome perdón por el escándalo... "¡Yo no puedo consentir que le besen en mi presencia!", exclamaba usted, iracundo. En ese momento, cuando yo iba a responderle, me desperté...

Quedaron callados. Castellar premeditaba una frase. Por fin, la tuvo a flor de labios...

—Ese sueño no es extraño, Eva. —La voz pastosa de Ricardo se hizo apasionada, obscura. —Tal vez yo sufriría si alguien besase sus labios...

—¿Usted? ¿Y por qué?

Le miraba ella entre risueña y desafiante. Era el duelo de la malicia.

—¡Porque su boca es encantadora, Eva!... Muchas veces sueño, despierto, con ella —murmuró, con voz queda, el hombre tímido, seducido, caído ya en las redes de la ladrona de amor.

—Usted es un niño, Castellar. No se da cuenta de lo que está diciendo. A una futura cuñada no se la galantea...

Castellar quedó confundido. Desconocía él la habilidosa táctica femenina, y no comprendió.

—¡Es que usted es tan hermosa, Eva!

—Y si soy tan hermosa como usted dice, amigo Castellar, ¿por qué no fuí yo la elegida de su corazón?...

Había algo de tristeza en el reproche.

Volvió él los ojos hacia Eva y la vió llorando.

—¡Oh, Eva! ¿Por qué llora?... ¿La he ofendido, acaso?... Perdóneme usted...

La cogió de las manos, y ella apoyó su cabeza en el hombro de Castellar.

—¡Yo lo quiero a usted, Ricardo!... —confesó ella, con voz queda. —¡Por piedad, no vuelva a mirarme más a los ojos!... Cásese con Edith y sea feliz... ¡Yo sabré sacrificarme!...

—Eva, ¿es verdad lo que dice?... ¡Oh, Eva!...

La estrechó contra su pecho y, lleno de pasión, de sensualidad, bajo aquel rayo de sol, que encendía la sangre, aplastó su boca contra los labios rojos y sensuales.

Pero ella no le rechazó. Una luz radiante brillaba en sus ojos de triunfadora. Lo arrastró de las manos y lo estrechó, apasionada.

Se apartaron al oír los pasos de Elisabeth.

—Edith se ha despertado... Pregunta por usted, señor Castellar.

Ricardo cogió el sombrero y avanzó tímidamente...

Y una sonrisa de criminal inteligencia floreció en los labios de Eva...

* * *

EDITH estaba sorprendida. Castellar no era el mismo de antes. Ahora espaciaba sus visitas, y cada vez parecía más cortés y menos cariñoso.

—A ti te pasa algo raro, Ricardo.

El protestaba. Quizá las muchas preocupaciones de su nuevo cargo le tuvieran algo fatigado.

Empezó a desconfiar. Sus ojos se tornaron tristes, apagados. ¿Qué ocurría en el corazón de su novio?

Se confió a Eva, pero ella se burló de sus desconfianzas.

—¡Son ilusiones tuyas! Ricardo es el mismo de siempre...

Castellar estaba preocupado. ¿Qué hacer ahora, después de lo irremediable? Su pasión por Eva se acrecentaba cada vez más. Ante los ojos hermosos y dominadores se sentía un esclavo, y toda su alma tímida vivía ahora pendiente del menor mandato de aquellos labios sensuales.

Una noche, Edith le habló de la boda.

—Desde hace tiempo, nada hablamos de fijar fecha. Tú decías que cuando fueras ascendido podíamos realizar nuestro sueño. Parece que todo lo has echado al olvido. ¿Es que ya no me quieres?...

Lo decía con tal tristeza, tan desilusionada, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eres muy buena, Edith... No merezco tu cariño... Yo soy un mal hombre, un desleal...

Edith alzó los ojos, con asombro.

—Habla, por piedad, habla... A ti te pasa algo... ¡Tú ya no me quieres!... No mientas, no finjas... ¡No quiero limosna!... Quería todo tu amor. Si hoy no puedes dármelo, dímelo; sácame de esta duda que me hiere el alma...

Habló él, con triste nobleza. Había que poner fin a esos sueños. La realidad era difícil de ser confesada. El amaba a otra, a otra que le supo seducir, halagarle los sentidos, rodearle del fuego de sus caricias...

Estaba pálido y le temblaban las manos.

Edith se llevó la diestra al corazón. Una sonrisa de martir, sonrisa amarga, cruzó su rostro.

—¿Y por qué me lo ocultabas? ¡Oh, cuánto mal me has hecho!...

Y lloró silenciosamente, casi sin fuerzas.

—Yo no supe bien lo que hacía. Tú eras el amor sereno, puro, sin exaltaciones. Eras la compañera del espíritu... Pero habló la voz espesa de los instintos. Una sonrisa de mujer me apartó de tu lado. Y caí en una cadena de brazos, que hoy no puedo romper.

—¿Y quién es esa mujer? Dime su nombre...

—¡Somos unos criminales, Edith! Vergüenza me da decírtelo, pero tarde o temprano habrás de saberlo... ¡Es Eva, tu hermana Eva!

Retrocedió Edith, como ante la visión de un áspid.

—¡Ah, es Eva! Ella, la ladrona... Toda la vida ha envidiado lo mío; siempre me ha quitado el aire, el sol; no, pero ahora no... Yo te

recobraré, Ricardo... Es una mala mujer, que te hará desgraciado... Una impura, sí, una impura.

Estaba transfigurada. Su cuerpo menudo vibraba y su rostro pecoso estaba lívido de cólera. En un torrente de palabras le contó toda la odisea de Eva con Thompson, el ballenero de Port Stanley...

—Todo eso lo sé, Edith. Ella misma me lo ha confesado...

—¿Y la quieres, a pesar de todo?...

—Sí — musitó él, bajando la cabeza con vergüenza...

—Vete con ella, entonces... Llévatela de esta casa, donde yo no la vea, donde no respire su veneno...

Y cayó, postrada, sollozando.

Castellar abandonó la casa, para no volver más...

* * *

EVA acababa de llegar de la oficina.

Edith, muy pálida, conteniendo aún sus lágrimas, entró en su alcoba.

—Eva, tenemos que hablar...

Cerró la puerta y se cruzó de brazos, en actitud desafiante.

—¿Sabes quién estuvo?

—No...

—Podías imaginártelo... ¡Castellar, tu amante!...

—¿Qué dices? ¿Estás loca?...

—Sí, tu amante. El mismo me lo ha confesado... No contenta con deshonrarnos, has querido labrar mi desgracia... ¡Me has robado el amor de Ricardo! ¡Ah, infame, mala mujer!...

Salían a borbotones las palabras de protesta, de cólera, las súplicas... Lloraba, amenazaba con los puños...

Eva, pálida, altiva, fruncido el entrecejo, dejaba caer sobre su cabeza aquel diluvio de frases torturadas por el dolor...

—Bueno, cállate. Soy una infame, una miserable. ¡Pero no grites más!

Edith, desahogada la cólera, sintió un gran abatimiento. Sus insultos, sus imprecaciones, nada conseguían...

Entonces, con ese gesto claudicante de los tímidos, de los nacidos para ser humillados, con voz desgarradora, imploró:

—¡Déjamelo, Eva!... En ti es un capricho; en mí es el amor de toda mi vida... Tú eres bonita y encontrarás un novio rico... Nadie, más que él, había reparado en mí... Yo le quiero como nunca quise... ¡No me robes su amor!... Si tú lo abandonas, él vendrá a refugiarse en mi corazón... Es un niño, que no sabe lo que hace... ¡Déjamelo!

Se arrodilló, suplicante, besando las manos de la ladrona de amor. Pero Eva, irritada por aquel llanto, vengativa ahora que la veía cobarde y sumisa, la rechazó.

—Tú estás loca, Edith. El amor no se roba. ¡Se conquista! Si él te hubiera amado de verdad, no hubiera caído en mis brazos... Yo le quiero, y además hay lazos sagrados que nos unen... Nos casaremos este mismo mes, porque, es preciso que lo sepas, has llegado demasiado tarde para defender tu amor... Tendremos un hijo, un hijo nuestro, que debe llevar su nombre...

Retrocedió Edith.

—¡Oh, qué infamia!...

—¿Ahora tendrás valor de quitármelo?... Dímelo... ¿Te atreves a pensar en él?

Pero Edith no contestó. Sollozaba, sollozaba con toda el alma, y ante la idea de aquel retoño, toda su bondad se hizo corona de espinas para crucificarle el corazón...

* * *

ES domingo, domingo de buen sol. Los árboles alzan al cielo bonancible sus escuetas ramazones de otoño.

Un hombre, que lleva un niño de dos años cogido de la mano, cruza la calle. En su aspecto, descuidado y triste, se ve al hombre fracasado.

Llama a una puerta...

—¡Ah, es usted, señor Castellar!... Pase...

Es Elisabeth, más vieja, más encorvada, siempre distinguida en su blanca ancianidad.

—Y Edith, ¿qué hace?

—Está en el comedor...

Pasa tímidamente. Se queda en el umbral, contemplándola...

—¡Ah, eres tú, Ricardo!... ¡Ven acá, monín; ven con tu tía! —exclama, cogiendo en brazos a la criatura, llenándole de besos la carita.

Ricardo la contempla embobado, agradecido...

—¿Qué milagro es éste?...

—Hoy me vi libre de los amigos. No todos los domingos ha de venir el niño sólo con la sirvienta...

—¿Y cómo te va en la oficina?

—Regular, se trabaja mucho...

Se ocupan, así, de cosas superficiales. Los novios de antaño hablan vulgaridades, en una dulce amistad, que es todo un sentimiento familiar.

Ella está bordando. Mira más al bastidor que a la visita. El habla con desgana de sucesos y cosas indiferentes. Cuando habla del hijo, del nene, su voz se llena de cálida emoción. Enumera sus gracias, repite las palabras que el niño dice en su donosa media lengua, y entonces sus manos se detienen cariciosas sobre los rizos de oro de la criatura.

Ella formula, tímidamente, la pregunta de siempre:

—Y de Eva, ¿qué se sabe?...

Nada. Me dijeron que estaba en el Brasil, pero no lo creo... ¡Sólo Dios lo sabe!...

Se queda meditativo, recordando a la ausente.

—¡Mujer loca, sin alma! — comenta Edith.

Eva se fué con otro. ¡Por fin apareció el hombre rico de sus sueños, el que podía realizar todas sus ambiciones!...

Castellar juguetea con el bastón; permanece mucho rato siguiendo con tenacidad el dibujo laberíntico de la alfombra. Luego mira a Edith. La ve hacendosa, callada, un poquito más triste y avejentada con aquellos lentes... ¡No en balde se está horas y horas sobre la máquina de escribir!

El piensa en lo dichoso que hubiera sido con esa alma sencilla, alma buena y sacrificada... Pero la vida lo puso frente a la ladrona de amor, a la que le robó la paz y la honra toda...

—Y ese sombrero, ¿de quién es?

Ha reparado en un hongo de anchas alas que está sobre la mesa.

—Hoy es el aniversario de la muerte de papá — dice Edith. — Por eso, para recordarlo, saqué ese sombrero, esas gafas y la Biblia, que conservo como recuerdo.

El contempla con curiosidad esos despojos, que pertenecieron al pastor Higgins. Toma la Biblia, con unción, y busca entre las apretadas líneas alguna frase...

Y lee: "El corazón apacible es vida de las carnes; mas la envidia, pudrimiento de huesos..."

Edith levanta los ojos y con ellos el pensamiento, y en esos huesos roídos de podredumbre ve la sombra de su hermana.

Lee en voz alta:

"¿Para quién será el ay?, ¿para quién las rencillas?, ¿para quién las quejas?, ¿para quién lo amoratado de los ojos?... Para los que se detienen mucho en el vino... No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en el vaso: éntrase suavemente... Mas al fin, como serpiente, morderá y como basilisco dará dolor. Y dirás: Hiriéronme, mas no me dolió; azotáronme, mas no lo sentí; cuando despertare, aun lo tornaré a buscar..."

Recuerda él, tras las frases bíblicas, la tarde de sol, cuando Eva rojeaba como un vaso de vino... Piensa en su dolor, en las heridas y azotes... ¡Y en su añoranza vergonzosa por la mala mujer!...

Se levanta de su asiento, pálido, nervioso...

—Me voy, Edith. Vendré, antes de cenar, por el nene... Pienso dar una vuelta...

Y sale, atolondradamente.

Edith, que adivina su dolor, ese dolor de esclavo, nostálgico y sensual, le deja marchar en silencio.

Coge el sombrero, las gafas y la Biblia del pastor Higgins; pone un beso en cada objeto, y los guarda cuidadosamente...

Y se detiene un instante para enjugar, bajo sus lentes de soltera, enferma de melancolía, dos lágrimas que cuajaron en las tristes pupilas...

Edgardo Zavidr Merino

Algunos de los interesantes artículos que se publicarán en el N.° 53 de "El Suplemento", que aparecerá el 6 de junio:

Goyo, el gauchito de valiente corazón, por Manuel María Oliver, ilustraciones de Vidal Quera. — Novela que constituye un delicado poema de amor, hábilmente trazado, y en el cual los personajes están animados del fuego sagrado con que se distinguen las almas predilectas.

El asalto de moda, por José Antonio Saldías. — Nota ilustrada con fotografías, en la cual se describen aspectos ocultos y misteriosos de los siniestros personajes que se dedican a los asaltos.

Pompas de jabón, por Elisa Moyoben. — Cuento breve, en el que se debate un problema espiritual, interesante y complejo, y en el cual su autora se revela una experta conocedora del alma humana.

Carnaval, por César Carrizo. — Interesante narración, en la que se desnudan las ambiciones humanas, poniéndolas en conflicto con la hipocresía de los pobres de espíritu.



CONFECCION HOMBRE

Le invitamos a visitar este departamento de nuestra casa que, como todos los demás, ofrece siempre reales OCASIONES DE CALIDAD Y PRECIO

CONFECCIONES Y ARTÍCULOS DE ABRIGO PARA HOMBRES

ELEGANTES TRAJES en casimires ingleses de lana, fondo gris, azul y marrón fantasías..... $ **49.50**

SOBRETODOS derechos, en ricos casimires de pura lana, todos forrados; colores gris, azul y negro..... $ **59.00**

PERRAMUS forma ranglán, con cinturón, en finas gabardinas impermeabilizadas..... $ **72.00**

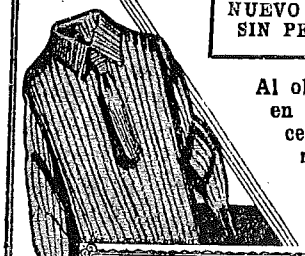
TRICOTAS de lana, colores marrón, vicuña, gris, azul y blanco. Precio excepcional..... $ **5.50**

TRICOTAS de lana peinada, lo mejor que se fabrica, colores azul, gris y blanco..... $ **14.00**

CHALECOS en punto de lana, importados, artículo que recomendamos especialmente; colores marrón, vicuña y gris claro..... $ **23.00**

SASTRERIA SOBRE MEDIDA
Hacerse un traje o sobretodo en nuestra casa, no constituye obligación de compra por parte del cliente si la prenda no resultare de su agrado, pues en este caso LE CONFECCIONAREMOS UN NUEVO TRAJE O SOBRETODO SIN PERDIDA DE TIEMPO.

Al obtener su CREDITO en mercaderías, no necesita abonar la primera cuota por adelantado.





SOCIEDAD ANONIMA ARGENTINA

A. DE MICHELI Y CIA

Av. de Mayo y Bdo de Irigoyen - Bs Aires. - Suc. en Mar del Plata.



Vacunese

y la belleza de su rostro, así como su preciosa existencia serán respetadas por la viruela.

Fibrolicese

y al encanto de su hermosura unirá la gallardía, resistencia y vitalidad propias de la juventud, de esa juventud del espíritu, que se conserva siempre vivaz, tomando sus dos copitas diarias de

Fibrol

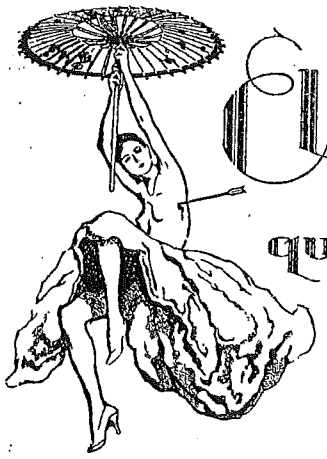
el agradable y nutritivo tónico que la pondrá a cubierto de las enfermedades y que cederá a su cuerpo y a su espíritu los envidiables dones que a toda criatura fuerte adornan.

Tonifíquese con dos copitas diarias de Fibrol

$ 3.50 el frasco — En las Farmacias

Laboratorio Farmacéutico Argentino

Larrea 525-533. Buenos Aires



El Amor que pasa

(DIARIO DE UN INDIO)

En esta sección irán apareciendo, como episodios aislados, pero con un nexo común, las impresiones de un muchacho provinciano que viene a Buenos Aires a triunfar. Las extraordinarias aventuras en que es actor principalísimo, los recursos que debe emplear y la abundancia de notas cómicas, dramáticas y sentimentales, han de constituir la interesante base de esta sección, a cargo de Martín Frías.

LA PENSION DE DOÑA MARIQUITA

VI

ENTRE promesas y protestas, agradecimientos y cariños, he salido de la casa de Raquel. Entro en el automóvil, y después de mirar la dirección del sobre, se la transmito al "chauffeur", que la oye con una sonrisa picaresca. No es para menos.

— Doña Mariquita Ruiz de Terán. Cerrito, 32; primer piso.

Pero a mí qué me importa que ría el "chauffeur", que se ría Buenos Aires de mí. Yo, en este instante, soy un hombre feliz, completamente feliz. A través del vidrio trasero del coche echo una última mirada hacia la casita donde vive Raquel. Y alcanzo a divisar su silueta, que aun agita la mano en señal de despedida. Vuelvo otra vez a la balumba de las calles ruidosas, de las vidrieras llenas de luz y de riqueza. Me cercioro de que no he perdido el papelito donde Raquel misma me anotó su dirección. Y de pronto el automóvil se detiene ante una casa de gran apariencia. Me informo de que es el número 32. Me apeo y toco el timbre. Una hermosa morocha aparece en lo alto, y abre la puerta cancel.

— ¿Aquí es lo de doña Mariquita Ruiz de Terán?

— Sí, señor. ¿Usted es Martín Frías? — Afirmo con la cabeza, mientras ella grita hacia arriba: — ¡Mamita, chicas, aquí está Martín!

Pago el automóvil, y en el tiempo que emplea el "chauffeur" en darme el vuelto, un indiecito, a quien me parece haber visto por "ayá", se hace cargo de las valijas y empieza a subir las escaleras.

Arriba, una señora de agradable apariencia me recibe.

— Sabíamos su llegada por un telegrama de don Zenón. ¡Nos lo ha recomendado tanto!

Le estrecho la mano, agradeciendo, y le hago entrega de la carta de tío Zenón. Ella la lee rápidamente, comentándola con unos: "¡Cómo no!" "¡No faltaba más!" "¡Con el mayor gusto!" "¡Qué Zenón este!" Después, con gran familiaridad, me declara:

—Amigo Frías, esta es su casa. Una casa pobre pero decente. Estas son mis hijas: María del Carmen, María Mercedes y María Luisa.

Yo les ofrecí la mano por turno riguroso de presentación. Doña Mariquita prosiguió luego:

—Todos los que viven en esta casa son comprovincianos nuestros. Yo le he preparado una pieza pequeña para usted solo. ¿Quiere pasar?

Y sin esperar respuesta, doña Mariquita ha echado a andar por un corredor, mientras yo invito a las chicas a precederme. Ellas se niegan, sonriendo, obligándome a marchar en seguimiento de doña Mariquita.

Al pasar delante de una habitación oigo a alguien acusar "las viejas" y al compañero echar un "real envido". Instintiva o maquinalmente miro al interior lleno de humo, donde juegan al truco los que han de ser mis compañeros.

Doña Mariquita ha entrado en una habitación, que se ha iluminado al voltear ella la llave de la luz eléctrica. Es un pequeño pero alegre cuarto, con una cama de algarrobo, una mesa de luz, un ropero, mesa cuadrada, como para libros, y lavabo. Al lado del lecho, arrimado a la pared, hay extendida una matra serrana.

—Es muy bonita la pieza, señora. Por otra parte, mi tío Zenón me ha hecho grandes elogios suyos. Dice que es usted como una segunda madre de los muchachos que viven en su casa. Es de esperar que yo no les sea desagradable.

—Al contrario, ¿verdad, chicas? Es usted muy simpático. Tiene la viva figura de su padre, don Martín. En épocas en que el finado su padre era gobernador de la provincia, mi pobre marido era diputado provincial de su partido.

Aunque sé que es mentira, pues los Terán y los Frías han sido siempre adversarios políticos en la provincia, hago como que creo. Es lo mejor. La señora me pregunta por mis baúles.

—Vendrán por expreso, señora.

Malisa, andá a decirles a los muchachos que ha llegado Frías, que vengan a saludarlo.

Me he acordado de lo molesto que es interrumpir un truquito parejo. Pero Malisa ha salido corriendo hacia la pieza. Oigo una gritería primero, luego unas corridas. Yo, por hacer algo, empiezo a vaciar mis maletas. Saco el retrato de mi madre y lo coloco sobre el mármol de la mesita de noche. Doña Mariquita lo toma entre sus manos y lo observa con respeto y complacencia.

Y de pronto han aparecido los muchachos. En pijama, con largos delantales de practicantes, con sacos de abrigo. Desmelenados todos. Algunos con la barba crecida. Delante dos con la guitarra terciada y uno con un acordeón. A una señal, todos cantan, mientras los instrumentos acompañan una polkita ranchera típica:

Güenas tardes, don Martín,
cómo dice que le va;
qué lo ha traído por aquí
que ha bajao a la ciudá...
Baile, baile, baile
con la muchacha
que ya tendrá tiempo
de decir ¡Basta!
Y si se cansa,
pior para usted,
que hay que ser guaso
pa remoler...
Güenas tardes don Martín...

Entre risas y chanzas los he abrazado uno por uno. Ya somos compañeros. Nos entendemos. Son de los míos. Casi todos ellos me conocen de mentas o de vista. Sin saber por qué, parece que desde este primer momento tengo un poco de ascendiente moral sobre ellos. Antes de que pueda decir una palabra me han levantado en andas y me llevan cantando hasta el comedor. Allí veo con sorpresa que han tendido el mantel en mi honor. Es el recibimiento clásico de doña Mariquita.

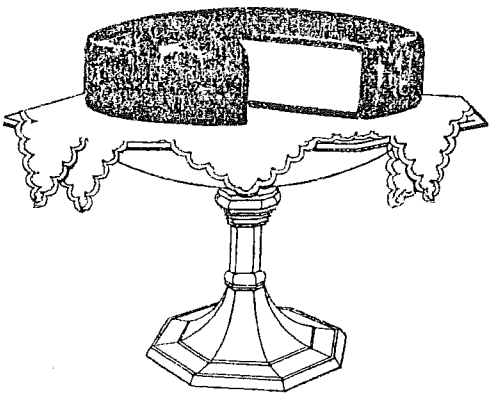
Se han destapado las botellas de vinillo añejo de la viña de los valles de mi terruño. Vinillo áspero, caldito mareador que mete calorcito entre pecho y espalda. Hemos tomado la primera copa "a lo guaso, sin resollar."

Y como no hay primera sin segunda, se han vuelto a llenar las copas, y yo he tenido necesidad de decir a estos buenos muchachos que me rodean, mi ilusión y mi esperanza. Les he hablado del terruño, de las noches lunares, de las serenatas, de las novias, de las madres...

Han aparecido algunas lágrimas. Malisa, la morocha de largas trenzas y ojos anochecidos, ha entonado una zamba, y todos nos hemos quedado como dicen que se quedan los porteños cuando en las noches de París una orquesta rezonga un tango melancólico...

M A R T I N F R I A S





TORTA PARADISO

(revestida de chocolate)

Es un postre que, cabe repetirlo, en cuanto a la excelencia de sus componentes no tiene nada que envidiar a los mejores de las grandes confiterías.

Por lo que respecta al gusto, bastaría que cada lector viese la enorme cantidad que se elabora diariamente, y la forma en que esa cantidad diariamente desaparece, para explicarse el entusiasmo de sus productores, que así creen comprobar que donde se abre una caja de "Torta Paradiso" son muchos los paladares definitivamente conquistados...

Se vende en toda la República
(en la capital, $ 2.20)

Productos Terrabusi.
ESTABLECIMIENTO MODELO
SAN JOSÉ 1060 - B. AIRES



Los Secretos del Cine

POR

MARIA ISABEL ROSAS

Como su título lo indica, se dará a los lectores de esta sección noticia de todo aquello que en materia de cine el público desconoce, relatando las mil y una anécdotas y aspectos ignorados que hacen que este asunto resulte aún más interesante en su faz oculta. Asimismo, haremos semanalmente un comentario de las películas que por sus cualidades sobresalientes merezcan el elogio, como así también una crítica severa a toda producción cinematográfica que por su moral, por su factura o por su asunto trivial, conceptuemos dañinas para el público.

EL empresario Marcus Loew ha contratado a Jackie Coogan, pagándole una prima de $ 500.000 oro sobre las otras propuestas. Entre los tantos proponentes se encontraba el propio padre, pero fué vencido.

* * *

Generosa siempre, Dorothy Dalton ha repartido 30.000 fotografías suyas, con dedicatorias.

* * *

SE siguen adiestrando perros para la película. Han aparecido Arnoldo V, un diminuto ejemplar, y Minnie, la perrita más pequeña que se puede imaginar. Ambos han representado en "Castidad".

* * *

Dorothy Dalton, después de la larga vacación que se decretó, vuelve a "filmar".

* * *

SESENTA mil personas asistieron gratis a una exhibición en Los Angeles de las nuevas producciones cinematográficas que presentará la First National.

* * *

Marie Prevost y Kenneth Harlan se casan. No se anuncia cuándo se divorciarán.

* * *

LOS directores de la First National celebraron últimamente un congreso en el lujoso Astor Hotel de Nueva York, a fin de deliberar y aunar opiniones sobre los "films" que se proyectarán en la pantalla en la estación entrante.

Convinieron en formular los planes para una película que supere a todas las existentes.

TAMBIEN ellos! No tendrán que envidiar en adelante la nota social. "Anoche fué obsequiado con un banquete el doctor Juan Pérez, con motivo de haberse comprado una corbata nueva."

El señor Lawrence Trimble, propietario y amaestrador del perro sabio Strongheart, arrendó la sala de baile del hotel Palliser, en Calgary, y obsequió con un banquete, en nombre de su can, a varios perritos y perritas, lobitos, patos, cotorras, etcétera, a quinientos "boy scouts" y niñas, y a unos doscientos ciudadanos. Fuera de algunas travesuras propias de su sexo, al verse entre tanta belleza canina, el señor perro anfitrión se portó bastante bien. Pareció molestarse cuando le prohibieron masticar los sabrosos huesos.

* * *

Chi-Etta-Lee, estrella que surge, es hija de francesa y de chino.

* * *

EN "Slander the Woman" (Calumnia a la mujer) aparecen animales domésticos y salvajes, perros, un gato adiestrado, un lobo feroz, un león de las montañas de California, un ciervo canadiense, una cotorra y un canario adiestrado. ¡Ni un jardín zoológico!

* * *

Minerva Rawlinson, conocida por Roberts Arnold, siguiendo la moda imperante en Hollywood, se ha divorciado.

* * *

Carlitos Chaplin registrará su inmortal voz en el disco. Le pagarán $ 10.000 oro y el diez por ciento de la venta.

* * *

Hollywood está invadido por la apendicitis. Bebe Daniels y Viola Dana han iniciado la nueva peste. Nadie ha muerto aún.

* * *

DOS puertas de calle, únicas por el trabajo del tallado, con sus aldabones, que golpeó el gran manco de Lepanto — el insigne Cervantes, — han sido adquiridas en Cuba, que las obtuvo de España, por el empresario Barthelemess, para el "film" "The bright shawl" (El raboso deslumbrante). Terminada la película, esas reliquias serán regaladas al Museo Español de Nueva York.

* * *

Se dice que Harold Lloyd y Mildred se casan. Ninguno de los dos tiene que esperar el divorcio, pues son solteros.

* * *

SE ha invitado a diez mil espectadores o futuros autores de películas a presenciar la exhibición de la película "The dangerous age" (La edad peligrosa), desafiándoles a encontrarle defectos y a que llenen cualquier blanco que le encuentren.

Cuanto artículo se ha producido para hombres, señoras, niños niñas y el hogar, lo ofrecemos nosotros en condiciones excepcionales de elegancia, precio y calidad.

Llene y remítanos hoy mismo esta Solicitud:

LA CASA MAS CONVENIENTE PARA COMPRAS
A. CABEZAS
SARMIENTO ESQ. S. MARTIN
BUENOS AIRES

VENDEMOS a crédito a los mismos precios que al contado. No percibimos nada adelantado ni cobramos por ningún concepto el más mínimo recargo. Procedemos brevemente y con la más absoluta liberalidad.

SOLICITUD DE CREDITO

Buenos Aires, de ..... de 1923.

Casa A. CABEZAS:

Deseando adquirir mercaderías de esa casa hasta un valor del $ m/n c/legal

.....($..... m/n.)

solicito un crédito por dicha cantidad con amortizaciones de 10 % mensual y propongo de co-deudor al Sr. .....

de profesión..... domiciliado.....

FIRMA DEL CO-DEUDOR

EN PRUEBA DE CONFORMIDAD Y COTEJO

.....

.....

Domicilios { *Comercial* ..... *Particular* .....

FIRMA DEL SOLICITANTE

.....

.....

Domicilio particular .....

.....

.....

Dónde está empleado .....

.....

.....

Escritorio u oficina .....

Nombre y apellido completo del solicitante

.....

.....

Rogamos dar datos exactos para facilitar pronto despacho.



Las Grandes pasiones de la Historia

DANTE ADORA A BEATRIZ, VIVA Y MUERTA

Estamos en Florencia, a poco más de mediados del siglo XIII. Vecinas de casa y muy bien avenidas, son las familias de Aldighieri y de Portinari. La primera tiene entre los hijos un niño de nueve años, de inteligencia precoz, de temperamento fuerte y de cuerpo nada robusto, pero sí muy nervioso; la segunda, una niña de ocho, también precozmente inteligente, pero más que nada hermosa, con una belleza de ángel que a todos asombra y cautiva, así como asombra y mueve a admiración a todos la contracción al estudio que el niño de los Aldighieri muestra. El niño se llama Ducante, y la niña Beatriz.

Era costumbre entonces en Florencia que las familias pudientes en donde hubiese hijas niñas, celebrasen con una fiesta la entrada de mayo florido. Llega, pues, mayo, y el opulento Folco Portinari ofrece en su casa una fiesta en honor de su bellísima hija Beatriz. Entre los invitados están los vecinos Aldighieri, y entre los Aldighieri, el niño Ducante.

Con no ser nada dado a diversión de ninguna suerte, el niño Ducante asiste regocijado a aquella fiesta, y tal vez la música, la profusión de flores y el bullicio alegre de la concurrencia, consiguen hacerle olvidar un momento sus estudios del latín y de las ciencias; pero de pronto, entre guirnaldas de flores y como otra flor pendiente de las guirnaldas, pero más bella y más fragante que todas y que ninguna conocida, aparece ante sus ojos la pequeñita de la casa, la linda Beatriz, la Biccia, para decirlo en lenguaje florentino. Beatriz, ¡es tan niña por sus años! Una criaturita, un brote de rosal; pero por su porte decoroso y por la discreción con que a los demás niños y a los mayores se dirige, ¿quién no diría que es una mujercita? Tiene el gesto sereno, los modos ponderados, la palabra tierna y afable, e irradia toda ella dulzura y amor; y sobre ser tan privilegiada de espíritu, ¡qué indescriptiblemente hermosa es! ¡Un ángel, un ángel!, exclaman todos al verla, y el niño Ducante, que la ve, no puede exclamar nada, porque se queda como extasiado en su presencia. Desde este momento, están decididos para toda la vida los amores de Dante, que así se llamó luego, por abreviación del nombre, como en vez de Aldighieri y por igual motivo fué llamado Alighieri.

Ve, pues, Dante a Beatriz y se siente cautivado por su hermosura; pero, como todos los niños que de hombres han de ser audaces, es un



istoria

. Y MUERTA

el siglo XIII. Veci-
ldighieri y de Por-
ueve años, de inte-
nada robusto, pero
én precozmente in-
leza de ángel que
ve a admiración a
ighieri muestra. El

nilias pudientes en
entrada de mayo
nari ofrece en su
Entre los invitados
niño Ducante.
ierte, el niño Du-
música, la profu-
consiguen hacerle
ciencias; pero de
liente de las guir-
ue ninguna cono-
linda Beatriz, la
tan niña por sus
porte decoroso y
nayores se dirige,
ereno, los modos
a ella dulzura y
ndescriptiblemente
verla, y el niño
queda como ex-
cididos para toda
por abreviación
tivo fué llamado

r su hermosura;
audaces, es un

niño tímido y acaso ni piensa siquiera en acercarse a ella. Desde el rincón de la sala en donde se encuentra junto a los suyos, permanece contemplándola, procura oír todas sus palabras, sigue todos sus gestos y sus pasos, y no atiende ya al bullicio de la fiesta. Pero Beatriz, que a todos acude solícita y sonriente, se llega hasta los Aldighieri y ve y saluda al niño.

Por precoz que fuese, no podía aquella criaturita admirar de primer intento la expresión singular que había en el semblante de su vecinito, llamado a realizar en la tierra las más grandes empresas de la poesía. No obstante, apartado de los demás niños, menos travieso que lo que es costumbre a su edad y recogiéndola con tanto respeto y tanta efusión a la vez, sin duda experimenta en seguida viva atracción por él y lo saca de su aislamiento, invitándolo a participar de la alegría común.

Han pasado unos minutos, escasamente una hora. Vencida la timidez del primer instante, el niño se muestra alegre y decidor al lado de su amiguita. Por su parte, Beatriz, prosiguiendo atenta a todos los invitados, cuida de que el vecinito no se le separe, y por toda la casa pasea orgullosa con él. Cuando concluye la fiesta y los Aldighieri se retiran, en el ánimo de los dos niños hay una emoción inexplicable para ellos, que lo mismo parece incitarlos a reír que a llorar.

Al otro día y sucesivamente todos los días después, los niños vuelven a verse, ya en la casa del uno, ya en la del otro. Beatriz es cada vez más juiciosa todavía, y Dante cada vez procura aparecer más hombrecito y más aplicado. Son, decididamente, dos amiguitos que se quieren mucho y que no pueden pasar el uno sin el otro; pero, ¿saben también que ya son amantes? Probablemente no se lo han dicho en ninguna ocasión; probablemente lo sienten sin decírselo.

En esta situación constante, van creciendo los dos niños, sin que su amistad... o su amor se vea turbado por ningún inconveniente. Beatriz —ahora sí— es ya una mujercita, toda llena de gracias, y Dante un mozo hecho y derecho, con el rostro moreno, los ojos grandes y la nariz ligeramente aguileña.

El muchacho, que ha quedado huérfano, está encomendado a un hombre de mucho saber, Brunetto Latini, quien lo pone en conocimiento de los grandes poetas de la antigüedad. Tiene, a su vez, una natural disposición para la poesía y empieza a imitar a esos poetas en elegías, canciones y sonetos que dedica a su amada Beatriz.

Pero no le basta la poesía para hacerse digno de su amada. Hallándose dividida Florencia en los dos bandos que se conocen con los nombres de güelfos y gibelinos, Dante, que por tradición familiar pertenece al primero, asiste a las luchas que se traban entre los dos y es un guerrero de temple. Después de la batalla de Campaldino, vuelve a la presencia de Beatriz coronado con el laurel de la victoria, por haber sido uno de los cincuenta jóvenes de vanguardia que rechazaron al enemigo. Su ingenio, por otra parte, va extendiendo su nombre y dándolo a la admiración de todos.

En tanto, Beatriz... Pero, ¿qué ha ocurrido en el corazón de Beatriz? ¿Ha dejado de latir acelerado ante la pasión de su amante? ¿No quiere ya a su poeta y guerrero? ¿Obedece a alguna sugestión familiar?... No se sabe ni quizá se sepa nunca. El hecho es que mientras Dante conquista para ella laureles en la poesía y en la guerra, ella ofre-

ce su mano de esposa a otro hombre. Si aun después de este acto Dante no hubiese seguido adorándola, como la adoró, hasta ensalzarla a los cielos, no habríamos podido evitar el censurarla o el dudar de su virtud; pero, si a él que tanto la quería y tan altamente la consideraba no le movió a reproche ni a duda su desvío, no tenemos nosotros derecho a censurar ni a dudar.

Se casa, pues, Beatriz a los veintiún años, con un tal Simón de Bardi. Dante, herido o no, y en todo caso sin demostrarlo, continúa amándola como siempre, y por ella continúa ansioso de gloria. A los tres años, muere ella, o, según las palabras del propio Dante: "el Señor de toda justicia llama a esta noble persona al seno de su gloria, bajo la enseña de la bendita reina la virgen María, cuyo nombre había sonado siempre con gran veneración en los labios de la bienaventurada Beatriz".

Si con su casamiento Dante no había dado muestras de pesar, con su muerte es tanta la aflicción en que cae y tantas las lágrimas que derrama, que los amigos temen por su vida. Al fin, recobra la serenidad y se entrega a "solitarios estudios, prometiéndose a sí mismo no hablar más de aquella alma bendita hasta que pudiera hacerlo más dignamente; porque toda su esperanza era hablar de ella como jamás se había hablado de mujer alguna".

Y, en efecto, poco más tarde, escribe un libro, "La Vita Nuova", en el que relata punto por punto sus amores y analiza los más íntimos detalles de su pasión, exaltando ilimitadamente a la que se la había originado.

Esta confesión parece desahogar su alma al extremo de poder contraer matrimonio con otra mujer, madonna Gemma, de la familia de los Donati, con la que tuvo siete hijos. Sin embargo, su pensamiento sigue fijo en Beatriz, y tras su memoria se van todos sus afanes, todos sus sueños, todas sus ilusiones. Para recordarla más vivamente, a su primera y única hija le pone por nombre Beatriz, y aunque ha hablado de ella "dignamente" en "La Vita Nuova", todavía no la juzga honrada por él según sus merecimientos. Así que medita una nueva obra en la que Beatriz aparezca con toda la gracia celestial.

Esta obra, concebida y realizada al fin, es inmediatamente conocida por todo el mundo y a todos maravilla. El poeta la ha titulado "La Comedia", pero parece a los que la leen tan maravillosa que la llaman "La Divina Comedia", y con este nombre se ha de perpetuar.

En "La Divina Comedia", Dante se dispone a pasar de este mundo al infierno, a fin de pasar revista a todos los pecadores de la humanidad; pero como se extravíe a poco de iniciado el camino, Beatriz, que mora en el paraíso y sigue amorosa sus pasos, le envía de compañero y guía a Virgilio, con el cual recorre el infierno y luego el purgatorio, dejando constancia detallada de cuanto allí ve. Al llegar a las puertas del paraíso, Virgilio se despide de él, porque, siendo pagano, no ha recibido el bautismo y no puede penetrar en la región celestial. Pero ya no necesita guía el poeta, porque en el paraíso está su amadísima Beatriz, que lo conduce a presencia de todos los moradores del cielo y de la reina de los santos, la virgen María, con lo que Dante da por concluído su viaje, pues ha alcanzado la gracia suprema: el cielo y Beatriz.

L U C I L I O

años, con un tal Simón de
demostrarlo, continúa amán-
so de gloria. A los tres años,
Dante: "el Señor de toda
de su gloria, bajo la enseña
ombre había sonado siempre
aventurada Beatriz".
ado muestras de pesar, con
tantas las lágrimas que de-
Al fin, recobra la serenidad
dose a sí mismo no hablar
a hacerlo más dignamente:
mo jamás se había hablado

ibro, "La Vita Nuova", en
naliza los más íntimos de-
a la que se la había ori-

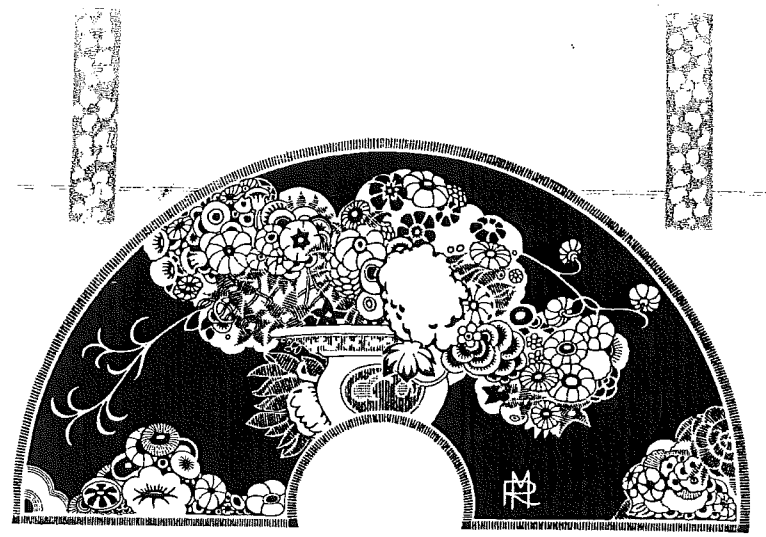
al extremo de poder con-
nma, de la familia de los
go, su pensamiento sigue
sus afanes, todos sus sue-
ivamente, a su primera y
que ha hablado de ella
la juzga honrada por él
nueva obra en la que

inmediatamente conocida
la ha titulado "La Co-
ravillosa que la llaman
e perpetuar.
pasar de este mundo al
lores de la humanidad;
ino, Beatriz, que mora
de compañero y guía
el purgatorio, dejando
a las puertas del pa-
ano, no ha recibido el
al. Pero ya no necesi-
dísima Beatriz, que lo
ielo y de la reina de
or concluído su viaje,
Beatriz.

I O



EN LOS ESTUDIOS CINEMATOGRÁFICOS SE ANUNCIA A LOS ACTORES CUÁNDO DEBERÁN ENSAYAR, MEDIANTE PLANILLAS COLOCADAS EN LUGAR VISIBLE. ESTA FOTOGRAFÍA SORPRENDE A AGNES AYRES CONSULTANDO EL INDICADOR.



CUANDO USTED SE PROPONGA

adquirir VERDADERA agua de colonia, no tendrá más remedio que exigir

AGUA DE COLONIA MENDEL

porque es la única agua de colonia que se expende en Buenos Aires, que en justicia merezca el nombre de tal, dados sus componentes, su fabricación y su alta clase.
Como no queremos convencer a usted con palabras, sino con hechos, rogámosle pida un frasquito de muestra y se le enviará por correo, gratuitamente.

PERFUMERIA MENDEL - GUARDIA VIEJA, 4439 BUENOS AIRES





EL CELEBRADO ACTOR CONWAY TEARLE, CARACTERIZADO PARA LA INTERPRETACIÓN DE LA PELÍCULA "LA ETERNA LLAMA".

remedio que exigir
ENDEL
ue en justicia merezca
ıse.
ɔs, rogámosle pida un
EJA, 4439
AIRES



Nunca es tarde

ni demasiado temprano, para iniciar un tratamiento de

el poderoso tónico reconstituyente cuya acción sobre la sangre, músculos y nervios, aporta nuevas energías, dando salud, fuerza e inteligencia.

El **DINAMOFERRIN Flindt** es elaborado de acuerdo con los más modernos y probados principios científicos. Contiene Coca, Kola, Hierro, Fósforo, Arsénico y Estricnina en proporciones justas.

El frasco, $ **3.20** **EN TODAS LAS FARMACIAS**

Unico Depositario:

DROGUERIA AMERICANA - Bmé. Mitre, 2176 - Bs. Aires

Envíenos $ 0.20 en estampillas postales, y recibirá el interesante libro: "LAS ENFERMEDADES MAS COMUNES".



:a es tarde
emprano, para
ıtamiento de

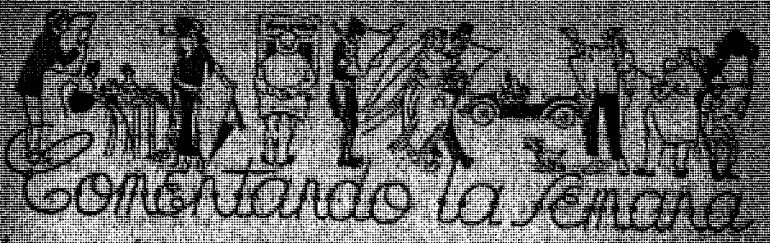
tun

cuya acción
, aporta nue-
inteligencia.

le acuerdo con
cientificos. Con-
ico y Estricnina

ASCO
LAS FARMACIAS

176 - Bs. Aires
ıre libro: "LAS EN-



Comentando la Semana

Los asuntos de importancia y que tengan verdadero interés para el público, serán comentados, sintéticamente, en sueltos formados, desfilando así, el comentario anónimo. Con esto se da autenticidad a los sueltos y se cumple una disposición del periodismo nacional.

Los comentarios que se insertan en esta sección, están a cargo de los señores: doctor Manuel María Oliver, Remy Bureau y Carlos Ocampo, los que firmarán sus artículos con iniciales.

GLORIAS PERDURABLES

S. S.

Un gobernador progresista
Oh, Ministro, sensible,
Implora
De tu Clara Inteligencia
Me concedas una audiencia
Y el tesoro
De tu augusto pico de oro.

El ministro
¿Qué desea?

El gobernador
Que provea
A mi pueblo de alimentos
De la planta enmarañentos.

La dactilógrafa yanqui
(Esa chica está muy linda)

El ministro (con reproche)
(Miss! ¡Miss!

Un gato (contrariado ruidosamente)
¡Miss! ¡Ch...!!!

El gobernador
Y te pido toneladas de alimentos
De maíces secundos y de trigo,
Nacionales ingredientes
Del engorde de sus gentes,
Que es de urgencia
Tu elocuencia
En la agrícola cuestión
Y a tu Clara Inteligencia,
Y a tu enorme versación,
Mi Provincia admirará.

El ministro
(Ya!... ¡Ya!...
Me consuela
La tanta indiferencia.

Una dactilógrafa (irritada)
Soy la esclava
Tras deber,
Admiré tu inteligencia
Hoy y ayer.

Otra (resignada)
¡El Ministro es quien me manda,
Y es tan dulce obedecer!

Otra (cándida)
Cuando esté propuesta de la Banda
¿Qué iré de hacer?

El gobernador
Es injusto que te cuelen
Del amor de mi inocencia.

El ministro
Te daré...

La experiencia del gobernador
¡Ah! ¡No lo dudes!
¡Dios te guarde "en incomienda"!

El ministro (entusiasmado)
Es preciso que se sepa
Que hay provincias progresistas
Que cumplimos mi deber.

¡Papá!

La dactilógrafa de esta noche
¿Qué señor?

El ministro
Da las Gracias al Señor Ca...
(Sonriendo)

El gobernador
¡Gracias! ¡Gracias!

El ministro
¿Hay amigos
Que conozcan los secretos
Como base de la crianza de los pollos
Y el cultivo de los higos?
¿Tus amigos
Ya conocen las semillas
De los trigos
Bueno a sus maravillas?

El gobernador
¡Sí!

El ministro
¡Bien!
¿Tú también?

El gobernador
¡Sí!

El ministro
Entonces
Grabaremos tanta gloria
En los bronces
De la Historia.
¿Quiéres más?

El gobernador
¡Oh! Soy modesto,
Pero amigos me reclaman...

El ministro (alarmado)
¿Qué?

El gobernador
Un puesto
En el Santo Presupuesto.

El ministro (solemne)
¡Lo tendrán!

El gobernador
Oh, Ministro: Está seguro
Que esos hombres a tu obra admirarán.

El ministro (radiante)
¿Me lo juras?

El gobernador
¡Te lo juro!

El ministro (satisfecho)
¡Vaya! ¡Vaya! ¡Que no es tanto!

El gobernador
Y dirán que es un encanto
Tu Preclara Ilustración.

Un nudillo en una puerta
¡Pon! ¡Pon! ¡Pon!

El ministro
¿Quién es?

Una dactilógrafa elegante
El gentil perito agrícola francés.

El ministro
¡Pues, que pase!

El perito
¡Buenos días!

El ministro (nervioso)
¿Descubrió nuevas teorías?

El perito
¡Sí, señor!

El ministro
¡Es usted encantador!

El gobernador (curioso)
¿Con qué objeto
Tan difícil experiencia?

El ministro (magnánimo y displicente)
Este... Este... Se publican en folleto
Para gloria de Mi Ciencia...

UNA PLANCHITA POLICIAL

C. U.

Frunet Helt es un buen súbdito alemán poseedor de un corazón capaz de albergar cualquier sentimiento altruista. Aunque parezca mentira, hay hombres así.

Helt, entendiendo que la humanidad soporta bastantes calamidades sin que necesite ninguna mas, se puso a pensar en que el dolor de muelas era algo "pero muy mucho bastante desagradable", que venía a sumar un disgusto mas al acervo de las miserias domesticas. Su altruismo, ante esta idea, despertó furioso, arrollador. Y dióse a idear formulas y a mezclar menjunjes y a construir aparatos para ver de matar para siempre jamás el maldito dolor de muelas. En un momento de desmayo, Helt consideró que lo importante sería no tener muelas, de la misma manera que se comprobaría la ineficacia del paraguas, si no existiese lluvia. Mas, Helt es optimista, y tanto, que su descanso es pelear... Así, pues, justo era que su contracción fuera premiada con el mas brillante exito. Helt descubrió que mezclando unos gramos de cera, bien virgen, con unas cuantas rodajas de cebolla y colocando todo ello en una sartén sobre el fuego, el humito que se desprendería de la cocción haciéndolo llegar hasta la muela careada o rebelde proporcionaba a ésta un delicioso bienestar. Perfeccionó la fórmula e ideó un aparatito provisto de una cánula para que los efluvios de cebolla íntimamente ligados a los de la cera, no se dispersaran. Y el buen Helt con su invento bajo el brazo, se dirigía a la Asistencia Pública para ha-

cer donación del módico aparatito cuando, un empleado de investigaciones que creyó ver en el buen teutón un dinamitero con su correspondiente bomba bajo el brazo, con todo género de precauciones lo condujo al Departamento de Policía. Vinieron las explicaciones. Interín, el aparatito milagroso había sido transportado a la oficina química, para su estudio.

Helt, conmovido, trataba por todos los medios de explicar en rudimentario castellano, los beneficios del calmante molar.

No obstante, Helt fué distraído en el Departamento por espacio de varias horas. A toda costa se le quería hacer pasar por fabricante de bombas. Los policías no lo consiguieron, y no hubo más remedio que poner en libertad a Helt.

El buen teutón, según manifestara a los empleados de investigaciones, ha resuelto patentar el aparatito y la fórmula curativa, fiando en los excelentes resultados de ambos.

Esta planchita policial es rigurosamente histórica.

LA SEMANA DEL POBRE

G. O.

Los pobres ya tenemos nuestra semana. ¡Loado sea Dios, que se acuerda de nosotros! Es así, señores. Una comisión, no sabemos cómo calificarla, ha descubierto que puede haber una semana para los pobres. Como la letra con sangre entra, estos modernos vándalos se han dado a invadir los bolsillos ajenos, con marcado éxito. Hemos tenido oportunidad de presenciar algunas maniobras de una pareja de colectores de fondos para la semanita y francamente, no sabemos para qué hay vigilantes, cárceles y un penal en Ushuaia...

¡Qué queden tranquilos los pobres! No llegará hasta ellos nada, absolutamente, a no ser la perfecta convicción de que para ser pobre tienen todo el año por delante. No nos explicamos por qué se permiten estas manipulaciones delictuosas, que implican una sangrienta ironía a los pobres, que con estas protecciones salen perdiendo, pues no sólo se pide dinero que ellos no han de ver, sino que también, y esto es lo más importante, se les humilla aún más...

PAPEL DE LIJA

M. M. O.

Algunos argentinos residentes en Río están empeñados en decir a los brasileños que en nuestro país no existe contra ellos ni malquerencia, ni odio, ni rencor. Para documentar esta afirmación, han lanzado manifiestos, en los que se descubre mucha retórica y poco fondo. Coincide esta declaración con el artículo publicado en la ciudad carioca, con la firma de un periodista, que contiene una colosal "blague" y que es indirecto retruque a la inocente actitud de los compatriotas residentes allá: afírmase en tal inserción, que el feliz resultado de la paz con Chile, cuando el pleito de límites, se lo debemos al Brasil, añadiendo que "la Argentina pudo recuperar merced a esta intervención, las tierras que ambicionaba." De ahí deduce el periodista que el Brasil sea el primer país pacifista de América.

¡Risum teneatis! Se trata, como se ve, de una superchería grotesca

que nos hace sonreír. El Brasil nada tuvo que realizar con el asunto de límites que terminó con el laudo de Inglaterra, y en el que ganamos la triste Puna de Atacama y perdimos valles riquísimos en la Patagonia. Respecto a ambicionar territorios, ¿cuáles fueron ellos? La historia está cerca y sabe el mundo que la Argentina se ha despojado de tierras ubérrimas, para cimentar la paz, lo que no ha hecho nunca el Brasil.

En cuanto a los sentimientos argentinos no son de malquerencia, sino de fastidio, ante la doblez diplomática del Brasil, que ahora se reviste con las blancas plumas pacifistas, y trata de invertir millones de contos en armamentos, jugando a dos caras, con desenfado asombroso.

El pueblo brasileño debe percatarse de esta política peligrosa, que ha resucitado las maniobras del sonado barón de Río Branco, enemigo de la Argentina y mantenedor de la discordia americana durante más de un cuarto de siglo.

Las asperezas entre los estados no se borran con papel de lija. Se extirpan con pulso noble y corazón sin pasiones.

PEQUEÑECES...

M. M. O

La República Argentina ha declarado que condona la deuda de guerra que contrajo el Paraguay cuando la campaña de la triple alianza, atendiendo a la paz y a la fraternidad sudamericana. Su actitud, coincidente con su tradición pacifista, contenida en la inmortal fórmula, "la victoria no da derechos", ha reconocido por causa razones de idealidades y de simpatía profundas hacia el pueblo paraguayo. Además, se funda así una teoría indestructible contra la exacción y los tributos impuestos por la fuerza y la violencia, aliviando de sus males a un estado digno de respeto y de afectos colectivos.

Pero la diplomacia brasileña, en su arrogancia, ha querido imitar a la Argentina, disponiéndose no a "condonar" la misma deuda contraída por el Paraguay en idénticas circunstancias, sino a "perdonarla", con lo que empequeñece un gesto que debe ser grande, abierto y hermoso en su gentileza. "Perdón", no es "condonación". Y para explicar tan subalterno calificativo, el Brasil dice que la Argentina "condona" porque el comercio del Paraguay le pertenece, con lo que trata de obscurecer un acto que no tiene ni sombra de interés de nuestra parte y que fué dictado por un movimiento espontáneo de conciencia.

¡Cuánto mejor sería que el Brasil, abandonando suspicacias, borrara ese agraviante "perdón" reemplazándolo por algún otro vocablo, que no ha de faltar en su lenguaje tan superabundante en recursos dialectales!

Borrando el "perdón" se anula el rencor...

PARA MATAR PAJARITOS

C. O.

Una vez terminada la guerra europea, en América corrió una racha de armamentismos que no sabíamos a qué respondía. Creemos estar en lo cierto al aventurar esta opinión: ¿No será que toda la ferretería que no pudieron utilizar los países beligerantes nos la quieren vender a nosotros? Estábamos casi en la duda, cuando el Brasil recibió una comisión extranjera de representantes de fábricas de municiones. Y quedamos plenamente convencidos de que era así no más, cuando ese país se resolvió a entrar por el aro comprando juguetitos para hacer la guerra.

En definitiva: hemos llegado a la conclusión de que la guerra es un comercio, un poquito infame, es cierto, pero comercio al fin.

Y una amarga decepción nos ha invadido al ver que son las casas que fabrican armamentos las encargadas de sembrar la discordia.

Sin embargo, hay comercios y comercios. Véanse sino las declaraciones del ministro de guerra norteamericano:

"El secretario de guerra, Mr. Weeks, declaró en un discurso que el departamento a su cargo recibió recientemente una oferta de un país extranjero, que deseaba adquirir 500.000 fusiles y 500 millones de series de municiones. "Nosotros sabíamos que ese país extranjero no tenía la intención de comprar los fusiles y las municiones para matar pájaros. Estados Unidos no ayuda a ningún país a prepararse para la guerra, y antes de vender los fusiles y las municiones para los propósitos que se perseguían, yo preferiría arrojarlos en el fondo del mar."

Las frases del ministro de guerra norteamericano deberían ser conocidas por todos los conscriptos que hacen el servicio militar. Quizá tuviesen un nuevo concepto de la nacionalidad.

SE NECESITA UN RICO...

M. M. O.

... que quiera comprar la modestísima casa donde murió el asombroso Sarmiento, en Asunción, para donarla al país, como un templo sagrado. ¡Todos los niños argentinos te bendecirían, rico señor!

MEDHYCOS

Es el dispositivo que Ud., señora o señorita, debe usar para evitar las molestias que ocasiona el período.

MEDHYCOS

es un portaservilletas higiénico de caucho.

Es liviano, elástico, ofrece seguridad completa, limpieza sencilla y manejo practiquísimo, llena las más grandes exigencias.

El **MEDHYCOS** es recomendado por los más afamados médicos.

El **MEDHYCOS** se suministra correspondiendo a la medida de talle en cuatro tamaños:

Tamaño A, para talle de 50 a 64 cm.
» B, » » » 65 » 75 »
» C, » » » 76 » 87 »
» D, » » » 88 » 104 »

ÚNICO DEPOSITARIO:
FARMACIA MIRANDA, Corrientes, 2402

Precio: $ 6.—
Para el interior: $ 6.50

ALGUNAS DE LAS IMPORTANTES CASAS QUE VENDEN EL MEDHYCOS:

Farmacia Franco-Inglesa, Sarmiento y Florida - Gibson, Pasaje Güemes - Broncato, Florida, 716 - Kraus, Avenida de Mayo, 1401 - Méndez Hnos., Av. de Mayo, 900 - Scannapieco, Esmeralda y Tucumán - Farmacia Suiza, Maipú y Tucumán - D'Onofrio, San Martín y Tucumán - L'Aiglon, Callao y Cangallo - Petit Paris, C. Pellegrini, 144 - Casa Argentina Scherrer, Suipacha, 161 - Inirrigarro, Callao, 865, Maison L. Adhémar, Cangallo, 901 - Casa Viviano, Corrientes, 1664 - La Poupée, Cerrito 1123





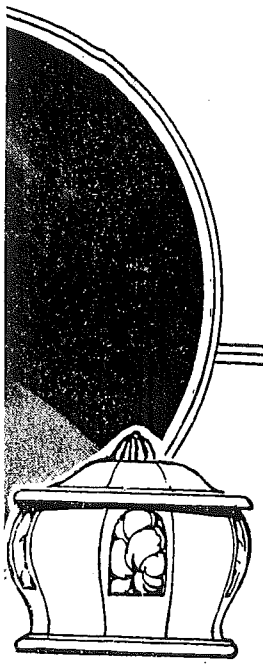
Para tener opción a elegir, de regalo,

una artística polvera, entre cuatro modelos distintos, basta comprobar, mediante la entrega de envases vacíos de colonias o polvos de Dubarry, haber gastado un mínimum de $ 10.— de tan delicadas preparaciones.

Para retirar tal obsequio, únicamente en nuestras oficinas: Medrano, 458-78, Buenos Aires.

Perfumería **Dubarry**

Desde el interior, los frascos, etc., pueden ser enviados por correo, debiendo venir acompañados de $ 0.20 en estampillas, para el franqueo correspondiente a cada polvera.



pción
egalo,
e cuatro
mprobar,
vases va-
Dubarry,
e $ 10.—
aciones.
nica-
Me-
res.
by
os por correo, debiendo
el franqueo correspon-

A CIEGAS

NOVELA ESCRITA EN COLABORACIÓN POR

EMILIO GOUCHON CANÉ,
MARCELO PEYRET
Y CÉSAR CARRIZO

6.ª PARTE, POR MARCELO PEYRET

...quieras que vengas en seguida. — *Teresa.*"

En otra circunstancia, el tiempo le hubiera parecido escaso para bajar las escaleras a grandes saltos y correr a casa de Teresa, al dulce refugio de su melancolía, a ese nido tibio, con tibiezas de regazo, donde tanto le placía ir a reposar su cansancio.

Aquella mañana, si bien decidido a ir, lo haría por obligación, porque sentía que ese era su deber.

Despojóse de la ropa de etiqueta y, pausadamente, se puso un traje de mañana.

Ya se disponía a salir, cuando hirió sus oídos el timbre del teléfono. Descolgó el auricular.

—¿Quién habla?... ¡Ah! Eres tú... Recién llego. El momento de cambiarme y salía ya... Sí, a tu casa...

Teresa debió advertir algo raro en el timbre de voz de Alfonso.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No, Teresa, nada.

—Porque si quieres, no vengas. El ataque ya pasó. Ahora está tranquila. El médico ha dicho que ya no hay nada que temer.

—¿No es imprescindible, entonces, que vaya?

—Imprescindible no, Alfonso...

Haedo sintió todo el reproche de que estaba impregnada la voz de Teresa.

—Espérame, Teresa; voy.

Colgó el tubo.

Sí; no había más remedio que ir. Iría, a pesar de su noche en blanco, de su cansancio físico, de su falta de entusiasmo, de su misma resistencia a presenciar una escena de dolor, a encontrar a Teresa triste, angustiada...

Iría; tenía el deber de ir; escucharía el relato de la crisis, de los temores pasados. Tendría que consolar a Teresa, que besarla, que borrarle la mala impresión que seguramente habíale causado su displicencia cuando la habló por teléfono, y, lo que era peor aún, ocultarle la que aun seguía sintiendo.

Pero iría.

Tenía la obligación de ir.

Era la primera vez que Alfonso sentía esa obligación.

X

En el amplio estudio de Heredia, el escultor, nerviosamente, paseaba a grandes pasos, buscando en vano una expresión que, entrevista, no lograba definir por completo. Sus dedos, febrilmente, habían modelado y deshecho varias veces esa boca, a la que no lograba dar el rictus pretendido.

"El vencido" titulaba él a esa cabeza, aún informe, cuya expresión debía justificar el rótulo.

Pero era inútil que modificara rasgos, que abultara o empequeñeciera la boca: no conseguía la expresión buscada.

Habíase inspirado la noche en que Federico Conte relató su historia. Cuando terminó de hablar, había hecho un gesto, fugaz, cuya elocuencia convencía más que un largo alegato, que la argumentación más sólida.

Heredia había querido fijarlo en su memoria, pero el gesto fué tan breve, la reacción se produjo tan rápidamente en el espíritu de Conte, que el escultor no pudo asimilarlo. Conservaba el vago recuerdo que se tiene de una estación entrevista por la ventanilla de un tren o un paisaje a la pálida luz de un relámpago. Y eso no era suficiente para poder plasmarlo, transportarlo a la arcilla.

—¡Si lograra volver a verlo! Aunque fuera un minuto, la mitad de un minuto, menos aún..., sería lo suficiente para acentuar los rasgos apenas diseñados en mi memoria...

Volvió a la tarea. Deshizo totalmente la boca y comenzó por centésima vez. Era inútil.

Desalentado, arrojó la espátula y las esteclas al suelo, y dirigióse a un pequeño lavatorio, sito en uno de los rincones del estudio.

Se lavó las manos y, despojándose del amplio delantal de trabajo, se disponía a abandonar el estudio, cuando presentóse el criado anunciando a un visitante.

—Es ese individuo que estuvo aquí hace unas noches con el señor Haedo.

—¡Dios me lo envía! Hazlo pasar inmediatamente.

Y mientras el sirviente salía a cumplir la orden, Heredia pensó en los fenómenos telepáticos que quizá habíanse producido en ese caso.

—A fuerza de pensar en él he de haberlo atraído...

Federico Conte entraba en ese mismo instante.

Heredia se levantó y estrechóle la mano.

—Estaba pensando en usted y deseaba vivamente verlo.

—Pues aquí me tiene. Pasaba, y creyendo encontrar a Haedo, me he permitido molestarlo.

—Ha hecho usted muy bien. Haedo no ha venido desde hace dos días, por lo que no sería extraño que viniera esta noche. Si lo desea, le hablaré por teléfono...

—No, no vale la pena. Me voy ya.

Heredia lo retuvo. Ya que había llegado, que se quedase un rato. Conversarían, y quizá entretanto llegara Haedo.

Conte no se hizo rogar. A una invitación del escultor, tomó asiento, y comenzaron a hablar de varios temas, hasta que la conversación recayó en la escultura. Heredia habíala conducido hasta allí, preparando su ruego para que Conte posara, y a éste no parecía disgustarle el tema.

Pasaron revista a los bocetos de Heredia, ante cada cual el escultor daba una explicación, que apenas escuchaba Conte. Cuando llegaron ante una vitrina en que se veía, primorosamente acabada en cera, una mujercita desnuda, en actitud de abandono, con los labios entreabiertos y el ca-

bello en desorden, y caída junto a ella una copa, cuyo líquido se derramaba, dijo el artista:

—Mi "Bacante".

Conte la miró fijamente. Se pasó la mano por los ojos, y luego exclamó con voz opaca.

—¡Qué hermosa!

Heredia abrió la vitrina y extrajo la "cera".

—Era en realidad hermosa.

—¿Existió entonces la modelo?

—Sí; pocas son mis obras realizadas únicamente a base de imaginación. La realidad es mi más asidua inspiradora. Esta mujercita llegó una noche a mi estudio traída por una de mis únicas borracheras. La encontré en un "cabaret" de moda, adonde había acudido yo con varios amigos, y en donde sin quererlo nos excedimos en la bebida. Resolvimos terminar la noche aquí, y nos vinimos todos, acompañados de algunas mujeres.

Continuamos bebiendo, y a poco mi templo se vió profanado por la más espantosa de las orgías. Entre todos, la que se destacaba era Mimí.

Uno de mis amigos se había empeñado en que bailara la danza de los velos de "Salomé", toda vez que como bailarina se había contratado en el "cabaret".

No se hizo rogar.

Improvisó con tules de las cortinas un tocado apropiado, y yo me senté al órgano.

En medio del estudio se dejó un espacio libre, y cuando sonaron los primeros acordes, Mimí, envuelta en los improvisados velos, comenzó los primeros pasos.

Sus movimientos, suaves, pausados en su principio, fueron acelerándose a medida que el ritmo lo exigía, para volver luego a la lentitud primera.

No sé si fué nuestra embriaguez o si realmente Mimí bailaba bien, pero no recuerdo haber presenciado nunca en mi vida un espectáculo como aquél. Era la apoteosis de la lubricidad, el límite máximo de esa mezcla de armonía y de deseo.

Movimientos espasmódicos, temblores incoherentes, estremecimientos lúbricos, cansancios repentinos, lasitudes que parecían definitivas, para transformarse en seguida en la primitiva locura de movimientos desordenados.

Mimí se recogía en actitudes felinas; parecía una fiera dispuesta a arrojarse sobre su presa, a dar el salto que iba a ponerla en posesión de su víctima; luego sus brazos caían junto a su cuerpo, y eran sólo los pies los que se movían casi imperceptiblemente, mientras caían los velos, semejando una flor enorme, a la que la brisa deshojara, suavemente, pétalo a pétalo...

Después, cuando junto con el último acorde cayó el último velo, se irguió toda entera en su magnífica desnudez, con los ojos muy abiertos, las ventanillas de la nariz aleteantes, la boca roja, sangrienta, por la que escapaba un hálito de deseo, de angustia, doloroso casi a fuerza de ser intenso.

Entonces yo, enloquecido, comencé a ejecutar en el órgano una endiablada música. Las notas salían entrechocándose, apresuradamente, sin esperar casi los acordes. Era una vertiginosa melodía, un alud de extrañas sonoridades.

Mimí comenzó a ajustar sus movimientos a la música. Pugnaba por no quedar retrasada, por no rezagarse en esa loca carrera rítmica.

Sus movimientos, vertiginosos ahora, desordenados, incoherentes, me

estimulaban, y mis dedos saltaban de una a otra tecla, hasta que el baile de Mimí no fué más que una horrible convulsión.

Entonces dejé de tocar, y la danzarina cayó sobre la alfombra, agotada, extenuada, como si de repente le hubiera faltado un apoyo, como si sus músculos sólo se hubieran mantenido tensos por el acicate de la música.

En los rincones del estudio se apagaba el eco de las últimas notas.

Se hizo el silencio, sólo turbado por la anhelante respiración de Mimí, que, caída, había cerrado los ojos.

—Mírala — díjome uno de mis compañeros, — parece una bacante de la antigua Roma, extenuada después de un festín en casa de César... ¡Qué hermoso modelo! ¿Por qué no lo esculpes?

Sí, tenía que esculpirla. Sentía en mis manos un extraño cosquilleo que clamaba la cera o la arcilla para calmarse.

Y, nerviosamente, febrilmente, mis manos se hundieron en un montón de cera y comenzaron a darle forma.

Estaba yo borracho de vino y de lujuria, y así, anhelante, con la sangre repiqueteándome en las sienes, sin hacer caso de técnicas ni métodos, la bacante fué diseñándose, cobrando vida...

Y ahí la tiene usted, como la dejé esa noche, sin un solo retoque.

Es una obra imperfecta. Adolece de infinidad de faltas anatómicas, pero, a pesar de todo, es de mis trabajos el que más quiero, el que más me satisface. Y es que quizá es el que tenga más verdad, donde he volcado más vida. Como escultura es rudimentaria. Como boceto... no me atrevo a tocarlo, temeroso de echarlo a perder. Por eso lo ve usted en esa vitrina. Lo conservo para mí, a pesar de que se me han hecho ofertas tentadoras.

Heredia calló. Se había entusiasmado con su relato y parecía evocar la báquica escena que acababa de describir.

—Era una mujer hermosa. Todo carne, todo instinto, y a pesar de ello, había una gran belleza en esa exaltación de la materia, en esa divina locura de sus sentidos... Y es que aun los vicios, las fallas humanas, las fealdades, adquieren cierta grandeza, cierta respetabilidad, cuando pasan todos los límites, cuando escapan a la vulgaridad y se sancionan como "únicas".

—¿Y qué fué de la modelo? — interrogó Conte, con la voz ronca y el gesto adusto.

—No la volví a ver sino en circunstancias muy tristes. La vida que llevaba no podía ser tolerada por su organismo. Era mucho desorden, demasiado vicio. Se agotó y fué a donde van todas: al hospital.

—¿Al hospital?

Un estremecimiento había recorrido su cuerpo. Heredia no lo advirtió y continuó:

—Sí, al hospital. Me mandó llamar, y yo fuí a llevarle unas flores. ¡Pobrecita! No parecía la misma. Pálida, demacrada, envejecida, corroída por los alcaloides y el alcohol, no era ni la sombra de lo que fuera.

Murió poco tiempo después.

Hoy sólo queda de ella esta figulina de cera. Vivirá allí muchos años más que en la vida, en su actitud de bacante vencida, en todo el apogeo, en toda la floración de su vicio y de su lujuria... Pero, ¿qué le pasa?

Conte se había puesto en pie lentamente, y tomando la figulina entre sus manos temblorosas, la miraba con ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué le pasa?

Conte dejó la cera en su sitio.

tra tecla, hasta que el baile
sión.
yó sobre la alfombra, agora faltado un apoyo, como ensos por el acicate de la

eco de las últimas notas.
anhelante respiración de

ros, — parece una bacante festín en casa de César...
s?
nos un extraño cosquilleo

se hundieron en un mon-

y así, anhelante, con la
r caso de técnicas ni mé-
la...
e, sin un solo retoque.
lad de faltas anatómicas,
e más quiero, el que más
ás verdad, donde he vol-
Como boceto...: no me
Por eso lo ve usted en
e se me han hecho ofer-

a relato y parecía evocar

lo instinto, y a pesar de
le la materia, en esa di-
vicios, las fallas huma-
rta respetabilidad, cuán-
vulgaridad y se sancio-

Conte, con la voz ronca

s muy tristes. La vida
smo. Era mucho desor-
a todas: al hospital.

o. Heredia no lo advir-

í a llevarle unas flores.
acrada, envejecida, co-
i la sombra de lo que

Vivirá allí muchos años
ida, en todo el apogeo,
Pero, ¿qué le pasa?
nando la figulina entre
le lágrimas.

— También vive en otra parte... En mi recuerdo, en mi derrota — dijo, en un sollozo.

— ¿Cómo? ¿Qué dice usted?

— Que esa bacante, que esa... — y sus labios pronunciaron una palabra gruesa, — era mi mujer...

Una sensación de frío, de tragedia, sacudió a los dos hombres. No se animaban a hablar, a decirse nada.

Por último, con voz ahogada, Conte exclamó:

— Ya la había visto la otra noche. Por eso volví hoy, para cerciorarme. Es ella..., es ella... ¡Canalla, ramera!

Heredia intervino suavemente.

— Tenga usted piedad para con los muertos. La pobre ya no existe.

— Sí, existe aún en mi recuerdo, en mi dolor, en mi angustia... Existe como era antes, buena, hermosa, pura...

— ¿Y entonces?

— Pero existe también en el suyo... y es esa la que más me lastima: la indigna, la meretriz... Y pensar que yo, a veces, en mis noches de insomnio, cuando sentía hambre y frío, he buscado argumentos en mi miseria para perdonarla... ¡Nunca hubiera imaginado que descendiera tanto!... Es horrible..., horrible...

Conte lloraba con el rostro entre las manos.

Heredia se puso de pie, y, apoyando una de sus manos en el hombro de Conte, le habló con dulce voz.

— A esa es necesario olvidarla..., olvidarla para siempre... Yo le prometo no recordarla ya nunca más... Y para que sólo viva en usted, para que la aísle en su recuerdo de la visión de su caída, mire...

Y dirigiéndose con firme paso hacia la vitrina, tomó la cera entre sus manos y fué apretándola, apretándola hasta que las piernas, los brazos, el rostro, todo fué confundiéndose en la misma masa. Cuando ésta fué sólo un montón informe de cera, la arrojó a un rincón del estudio.

Conte, que había presenciado la escena, se levantó con la garganta anudada por la emoción.

Y Heredia leyó en sus ojos una gratitud tan grande, tan grande, que su alma de artista se sintió indemnizada por el sacrificio de su más querida obra.

Los dos hombres estaban de pie.

Silenciosamente, se tendieron la mano y estrecháronsela con fuerza.

Luego, Conte tomó su sombrero, y con el rostro inclinado, sin pronunciar una palabra, se dirigió a la puerta.

— Adiós, amigo mío — díjole Heredia.

Conte se volvió. Miró una última vez el estudio, los muebles, los bocetos, para detener su mirada en el informe montoncito de cera arrojado en un rincón.

Luego levantó la vista hacia el escultor, y con los ojos preñados de lágrimas, hizo un esfuerzo por serenarse, y articuló levemente, dificultosamente, como si las sílabas le lastimaran la garganta:

— Adiós.

Y desapareció tras de la puerta.

XI

Haedo salió de casa de Teresa completamente desconcertado. Nunca se hubiera imaginado tanta doblez en ella. ¿Cómo era posible que Teresa, que la dulce, la santa Teresa...

CONTINUARÁ CÉSAR CARRIZO

CHISTES... O LO QUE SEAN

INTERPRETACIONES



—Me han dicho que pinta usted una "madonna". ¿Se dedica al arte religioso?

—No; pinto a una "prima donna".

EN EL TRIBUNAL

—En fin —exclama el magistrado,— ha sido usted sorprendido fracturando la caja de un establecimiento de crédito.

—Señor, era para colmar el deseo de mi difunta madre, que soñó siempre con verme entrar en un banco.

—¿Qué informes tiene usted?

—Los cinco años que he servido en casa del señor gobernador, sin el menor motivo de queja.

—Y ¿por qué se ha salido usted?

—Porque no me dejaban salir.



—Un cliente desea verlo, doctor.

—¿Es cliente nuevo o viejo?

—Claro que nuevo, doctor... ¿Acaso resucitan los muertos?



Medio del que tuvo que valerse un pintor para sacarle un poco de pintura roja a la modelo.

EN UNA FOTOGRAFIA

—¿Cuánto me llevaría usted por hacer una fotografía a mis niños?

—Siete pesos la media docena.

—Entonces volveré, porque todavía no tengo más que cinco chicos.

—Señor: está un señor que dice viene a verlo con la cuenta de la luz eléctrica.

—Dígale que hoy no es mi día de recibo.



(EL METIDO, AL CAMPEÓN DE PESO PESADO): —*Péguele una trompada, para que no sea gonzo.*

—Yo tengo calculado que cada trompada mía, vale veinte pesos...

Pregúntale si está dispuesto a pagármelos.

E SEAN



tuvo que valerse un
le un poco de pintu-
lo.

FOTOGRAFIA
evaría usted por ha-
a mis niños?
media docena.
eré, porque todavía
inco chicos.

—

un señor que dice
la cuenta de la luz

y no es mi día de



CAMPEÓN DE PESO
le una trompada,
onzo.
culado que cada
veinte pesos...
i dispuesto a pa-



Los Médicos Prescriben LAVOL

Para Enfermedadés de la Piel

Una gota de Lavol—Sobre la parte afectada —el deseo de rascarse ha desaparecido. Desvanece toda traza de picazón. Su inflamación ha sido conquistada. Su piel queda refréscada y aliviada. Una botella de Lavol desvanecerá las trazas de la enfermedad. Aliviará, refrescará y sanará su piel.

Se vende en todas las Farmacias.—Precio Del Frasco $2.75.— Fabricantes, D. D. D. Co., Chicago, U. S. A. Unicos importadores

MENDEL & CIA Buenos Aires. Guardia Vieja 4439 Montevideo Cen to. 673.

COMPAÑIA ARGENTINA DE INSTRUMENTAL CIENTIFICO S.A. ICSA BUENOS AIRES

SARMIENTO, 1401, esq. Uruguay

U. T. LIBERTAD, 3851

LA CASA MEJOR SURTIDA EN ARTICULOS PARA HIGIENE.

Esponjas. - Jeringas para inyecciones. - Agujas de platino. - Jeringas para uso interno. - Irrigadores de vidrio, loza y goma.

Ventas por mayor y menor.

PEDIR CATALOGO J.

Bombones **Nagell** *al chocolate*

Son el laxante más indicado para señoras y niños, por su aspecto agradable y exquisito sabor. Su acción es suave y eficaz. Se venden en cajitas artísticamente litografiadas, conteniendo la misma cantidad que el envase anterior.

En todas las farmacias.

UNICOS DEPOSITARIOS: P. SOLDATI y Cía.

BS. AIRES ROSARIO



JARDIN DE OTOÑO

Tiene el parque una dulce languidez otoñal;
las hojas muertas ciegan la fuente solitaria,
y en el gris infinito se pierde el cipresal
con la melancolía yerma de una plegaria.

Está encantada el alma del jardín. Se diría
que un hálito espectral estremece las frondas,
y un piano lejano llora una melodía
de ideales truncados y tristezas muy hondas.

Una hoja mustia roza nuestra frente, y pensamos
en una novia muerta a quien nunca besamos,
en las naves que parten para no volver más...

¡Y evocamos llorando los hondos desconsuelos
de esas manos queridas que agitan sus pañuelos
en los tristes adioses para siempre jamás!

SONETOS

DE EMILIO CARRERE

INTERMEDIO ROMANTICO

En el ambiente frívolo de este café galante
lloran las melancólicas arpas napolitanas,
tú surges en mi alma, toda blanca y fragante
con la suave tristeza de las cosas lejanas.

Evoco nuestro viejo poema; tu florida
ventana, de tus trenzas el perfume galán;
tu voz que es el recuerdo más dulce de mi vida,
¡y tantas bellas cosas que nunca volverán!

¡Es la vida tan hosca y el triunfo tan banal,
tan larga y cotidiana esta senda erial,
es mi pan tan amargo y tan triste mi vino!

Hoy surges de las ruinas de mi leyenda de oro,
lejana y bella como mi juventud, y lloro.
¡Quién pudiera volver a empezar el camino!



Ansioso espera el momento que su mamá le dé el

Maltyl „Gehe"

el mejor extracto de Malta puro, concentrado, y el mejor alimento tónico para niños (hasta de pecho), madres que crían, ancianos, débiles, convalecientes, enfermos del estómago, etc.

Fabricantes: GEHE y Co. A. G. - Dresden (Alemania)
Concesionarios: BENDINGER & Cía. - Viamonte, 1649

4 *HIPICA*



) por el teniente del ejército
ría, guiando cuarenta caballos
arenta y seis metros el largo

n de habilidad y coraje poco

PAGO CARA

ıcendido de la pelea, cuando
arrogante oficial brasileño,
le Olavarría amenazándole

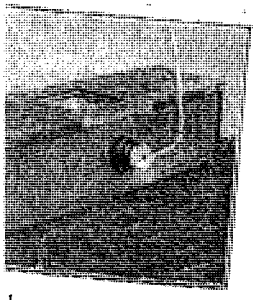
rcel, y erguido, apuesto y
ego, presentando, altivo, el

r indemne a su contrario,
preciativo lanzó la pistola
a y certera puntería, que

acía muerto en el suelo,
Zapiola el honor de ser la

o, exclamaba:
e me infiriera un ultraje.

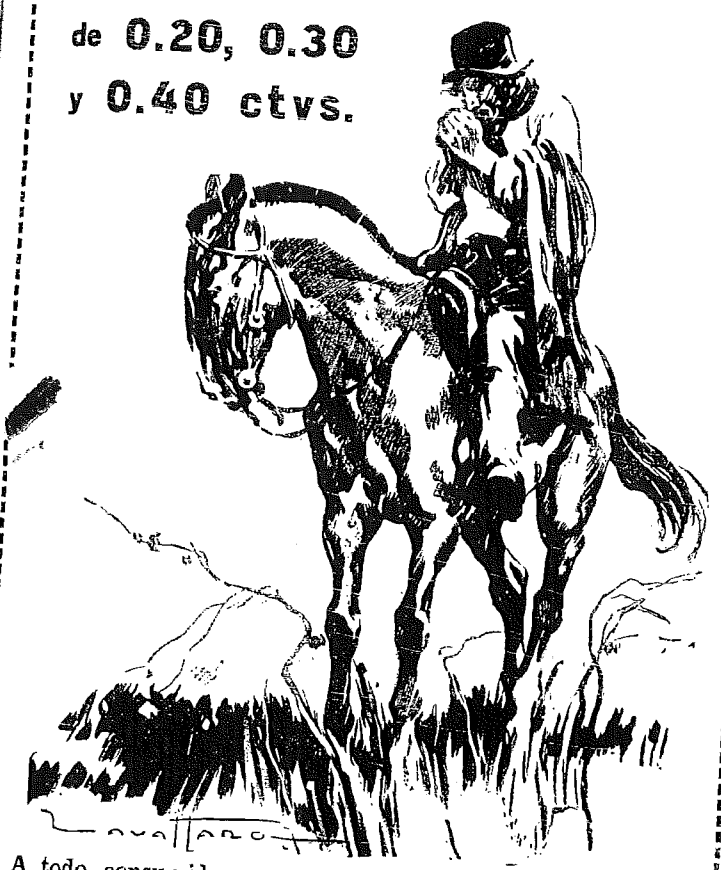
MATAR RATAS



bre sobre la que que-

OBSEQUIO DE LOS CIGARRILLOS TANGO

de 0.20, 0.30 y 0.40 ctvs.



A todo consumidor que presente 100 marquillas de los insuperables CIGARRILLOS TANGO se le obsequiará con un canto de MARTIN FIERRO; ilustrado en tricromías y bicromías por Mario Zavattaro.

En muy poco tiempo Vd. tendrá la obra completa. No le habrá costado nada; pero, en cambio, será el libro predilecto de sus hijos; porque es por excelencia el gran libro argentino.

MANUEL MENDEZ DE ANDES - Rivadavia, 2633

UNA PROEZA HIPICA



Esta proeza hípica fué llevada a cabo por el teniente del ejército francés Arreteau, del batallón 29 de artillería, guiando cuarenta caballos al galope tendido, siendo de novecientos cuarenta y seis metros el largo de las riendas de los caballos delanteros.

Como proeza hípica, es una demostración de habilidad y coraje poco frecuente.

UNA OFENSA QUE SE PAGO CARA

En la batalla de Ituzaingó, en lo más encendido de la pelea, cuando los choques eran más rudos y sangrientos, un arrogante oficial brasileño, espoleando su caballo, salió al encuentro de Olavarría amenazándole con una pistola.

El jefe argentino detuvo el nervioso corcel, y erguido, apuesto y sereno, esperó a que su contrario hiciera fuego, presentando, altivo, el pecho al peligro.

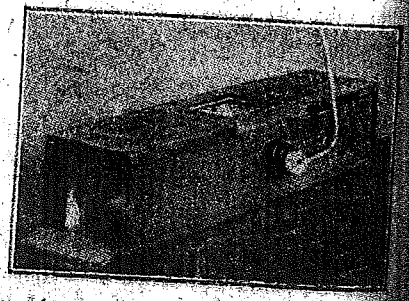
Hizo fuego el brasileño; y furioso al ver indemne a su contrario, levantóse sobre los estribos, y con gesto despreciativo lanzó la pistola a la cabeza del jefe argentino, con tal fuerza y certera puntería, que le magulló la cara rompiéndole dos dientes.

Un segundo después, el oficial brasileño yacía muerto en el suelo, atravesado por la lanza que disputaba a la de Zapiola el honor de ser la primera del ejército argentino.

Cuéntase que Olavarría, al recordar el hecho, exclamaba:

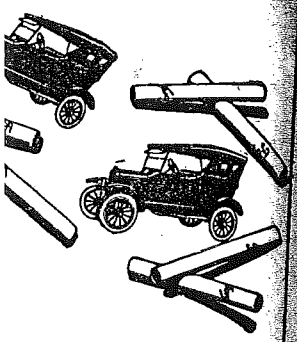
—Podía permitir que me matara; jamás que me infiriera un ultraje.

TRAMPA ELECTRICA PARA MATAR RATAS



A un humanitario se le ha ocurrido inventar esta trampa eléctrica para matar ratas. El aparato está destinado a suavizar el gran salto de los roedores instantáneamente, sin los atroces sufrimientos de la trampa ordinaria, o del veneno que abrasa las entrañas del infortunado animalito.

Provisto de un tomacorriente, el aparato tiene una apertura de entrada, pero para llegar al cebo, el animalito tiene que pisar una plancha de cobre sobre la que queda fulminado.



- CIGARRILLO
IIMITABLE

20 y 30
Centavos

ONCURSO

de regalo!

IGARRILLOS

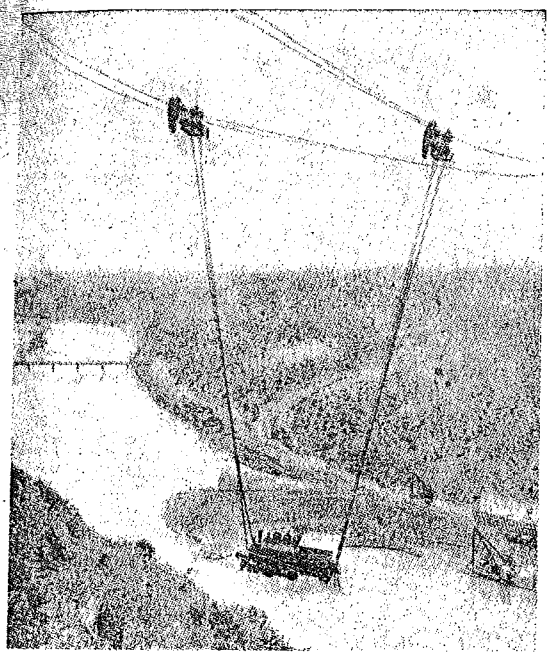
I de [illegible] neficencia
1923



De todo un poco



VIAJE DE UNA LOCOMOTORA POR LOS AIRES



La audacia de unos ingenieros para transportar de una ribera a la otra del Río Grande (Nuevo Méjico) materiales, ha ideado el uso del alambrecarril como un nuevo sistema de locomoción, no ya para transportar por medio de la energía eléctrica minerales, materiales de construcción y víveres sino locomotoras enteras. Esta que suspendida se ve en el grabado pesa veinte toneladas, y las vagonetas que la sostienen a cien metros sobre la superficie del torrente, circulan por cables sujetos a pilares colocados a cuatrocientos metros uno de otro.

* * *

La pimienta es un buen remedio para combatir el insomnio. Corte una rabanada delgada de pan, le pone manteca y la espolvorea con pimienta de Cayena. Se come antes de acostarse.

* * *

El director de un diario chino devolvió un manuscrito con la siguiente carta:

"Hemos leído con deleite su manuscrito. Jamás en nuestra vida hemos gozado de las delicias de una obra maestra igual. Si la publicáramos, las autoridades nos ordenarían que la tomáramos por modelo, y nos prohibirían publicar nada inferior a ella. Como nos sería imposible encontrar ni en diez mil años un autor igual a usted, nos vemos obligados, aunque transidos de dolor, a devolverle su divino manuscrito, por lo cual le pedimos un millón de disculpas."

* * *

Con un espejo y un teléfono ninguna mujer está [illegible].

Ford

EL CIGARRILLO
INIMITABLE

20 y 30
Centavos

EL SEGUNDO CONCURSO

¡Otros Diez automóviles de regalo!

A LOS FUMADORES DE LOS CIGARRILLOS

"Ford"

Serán sorteados por la Lotería Nacional de Beneficencia

el 28 de Junio de 1923

VIAJE D.

lares colocados

La pimient
una rabanada
mienta de Cay

El director
te carta:
"Hemos leí
mos gozado de
las autoridades
hibirían publica
trar ni en diez
aunque transido
cual le pedimos

Con un esp

tro marido para permitiros bur-
is hasta la coronilla. Si hemos
cer luego por llevar unas muje-
ios a las mujeres de los etruscos
ras.

lven dar el opio a las sabinas.
ujeres! ¡Mujeres! Apenas las
r el yugo... Y se quedan, se
s leyes, y luego con las armas,
ie después de varios meses de
anos.

y Numa Pompilio llegan con
pacíficos para que los anti-
s, éstas mismas se interponen
en los brazos los reconcilian.
uelven, y, en efecto, forman

ueda en familia. Por tal cir-
simples raptos de sabinas, y
encantadores sabinos, con

L L O

S CANAS
APARECEN
ON EL USO DEL
.VO ORLEX

lisolver el Polvo Orlex en
lad de agua (según las ins-
en cada caja) y aplicar la
un corto tiempo, para que
an las canas y devolver al
color que se desee, ya sea
iño, etc. Puede usarse OR-
ingún temor, pues deja el
y sedoso. No hay razón
r pareciendo viejo cuando
o una rejuvenecerse con
ia tintura fácil de prepa-
ar y de precio módico.
vende en las boticas, per-
ndas mixtas, etc.

P. Renaud
la via 1255



Una Célebre Especialista
recomienda la aplicación de métodos sencillos
para la conservación de la
BELLEZA

LA célebre especialista en materia de "belleza", Madame Charlotte Rouvier, dice: En lo que respecta al cutis el abuso de afeites resulta un verdadero peligro para la salud. Las cremas, polvos y demás productos destinados a procurar una efímera apariencia de hermosura superficial deben emplearse con mucho tino y discreción. La manera inofensiva y al mismo tiempo más segura para conseguir y mantener una tez perfecta la constituye la constante y metódica aplicación de

CERA PURA MERCOLIZADA

...inmediatamente antes de acostarse.

mitirlo. Gracias a Dios, no soy aún vuestro marido para permitiros burlaros de mí. Y por último, ya nos tenéis hasta la coronilla. Si hemos fundado Roma, no nos hemos de enloquecer luego por llevar unas mujeres que han de sacarnos los ojos. Raptaremos a las mujeres de los etruscos que han de ser menos violentas que vosotras.

Y los pobres antiguos romanos resuelven dar el opio a las sabinas. Pero, ¡oh enseñanza de los siglos! ¡Mujeres! ¡Mujeres! Apenas las sabinas se sienten libres empiezan a desear el yugo... Y se quedan. Los sabinos, con sus libros, con sus leyes, y luego con las armas, intentan reconquistar a sus mujeres, las que después de varios meses de cautiverio se han acostumbrado a los romanos.

De manera que cuando Anco Marcio y Numa Pompilio llegan con su ejército después de agotar los recursos pacíficos para que los antiguos romanos les entregaran a sus mujeres, éstas mismas se interponen entre ambos ejércitos y con los nuevos hijos en los brazos los reconcilian.

Los sabinos, excelentes filósofos, se resuelven, y, en efecto, forman con los romanos un solo pueblo.

La ropa sucia se lava en casa, y todo queda en familia. Por tal circunstancia, en ocasiones, resultan los raptos simples raptos de sabinas, y son muchos maridos engañados simples y encantadores sabinos, con más o menos filosofía.

F I G A R I L L O

La Impotencia Física y Mental se corrige con HIERRO NUXADO

Contiene los elementos necesarios para rehabilitar rápidamente al organismo

Póngalo a prueba para Convencerse (En las buenas boticas)

Hierro orgánico es uno de los principales elementos productivos de vitalidad. Es el hierro en la sangre lo que extrae el oxígeno de sus pulmones. Este oxígeno se une con los alimentos digeridos a medida que estos se absorben en la sangre, del mismo modo que el fuego se une al carbon, produciendo tremenda fuerza y energía. Sin hierro en la sangre lo que Ud. come simplemente pasa por el cuerpo sin hacerle ningún provecho.

PRECIO DEL FRASCO: $ 2.75

Distribuidores: MENDEL y Cía.
Guardia Vieja, 4439 — Buenos Aires
Montevideo: Cerrito, 673-75

LAS CANAS DESAPARECEN CON EL USO DEL POLVO ORLEX

Bastará disolver el Polvo Orlex en una cantidad de agua (según las instrucciones en cada caja) y aplicar la tintura por un corto tiempo, para que desaparezcan las canas y devolver al cabello el color que se desee, ya sea negro, castaño, etc. Puede usarse ORLEX sin ningún temor, pues deja el pelo suave y sedoso. No hay razón de continuar pareciendo viejo cuando puede uno o una rejuvenecerse con el uso de una tintura fácil de preparar y aplicar y de precio módico. ORLEX se vende en las boticas, perfumerías, tiendas mixtas, etc.

Juan P. Renaud
Rivadavia 1255



S SABINAS

de los hijos de crianza de
a desesperación de sus sol-
armado brazo, decide este
dígase lo que se diga, a

ación de Roma, los pobres
mujeres, a pesar de los re-
, que se niegan a dar sus
ios estaban condenados a
Algunos de los soldados
s, deliciosas mujercitas de
le el Anio hasta la cresta
pasaban por ser el tron-
os Marte, en la forma de
ores de ley. Invitados por
fueron, naturalmente, con
o los "cocktails" de vino
hicieron sus efectos, los
abina, y quieras que no

nites al tener noticia del
efendieron con dientes y
hecha una albóndiga.
inación, depositan a las
parecían especiales para
er momento haya pasa-
uza inicial en la batalla

lientos y desbordan fe-
npuñan el palo de ama-

ado de sus fuerzas esos
Os lo juro: antes les
afiel a mi pobre marido.

ntamos con jurar. Es-
perar de ellos que res-

ados.

—Y cómo estrechan entre los brazos. Qué manera singular de abrazar. Debe ser una costumbre nacional...

—Bueno, ya que hemos jurado ser fieles a nuestros pobres maridos...

—No. Lo que hemos jurado es no serles infieles... Lo que no es lo mismo.

—Ahora, queridas compatriotas, designemos una parlamentaria para que vaya a hablar con esos odiosos romanos.

—¿Hablar? ¿Para qué hablar? ¿No nos tienen en su poder? ¿La fuerza no está con ellos?

—Calla. La fuerza no es el derecho, como dicen los jurisconsultos romanos.

—Ve. Pero perdemos el tiempo en charlas. Yo creo que debemos someternos.

—¿Qué dirá mañana la historia si no nos defendemos un poco más?

—Tienes razón. Ve, que viene hacia nosotras el parlamentario de ellos.

Y sabina y romano se encuentran a mitad de camino. Ella, con las uñas listas, relampagueante la mirada. El, con la potente quijada en avance. Listo a todo.

—¿Queréis que deje mi acero?

—No vale la pena. No hay cuidado. ¡No sois muy valiente que digamos! Ayer cuando nos arrancasteis del brazo de nuestros maridos, no erais tan tímidos. ¡Acercaos!

—La experiencia me dice lo contrario, señora. Permitidme teneros a distancia.

—Os he llamado, para deciros que sois un canalla, un bandido, un asesino, un monstruo. Lo que habéis hecho es indigno, abominable, escandaloso, indecente, inaudito; os juro que vuestras narices no estarían tan arañadas...

—¡Perdonad, señora! No ha sido otra que vos la que me ha puesto así.

—Y decidme ahora, con franqueza, ¿qué queréis de nosotras? ¿Qué esperáis obtener? Creo que no ignoráis que todas somos casadas.

—Lo sabemos. Pero nosotros también tenemos la intención de pediros en matrimonio.

—Pero, ¿habláis en serio? ¿Habéis perdido el juicio? ¿Y nuestros pobres maridos?

—Realmente, nos apena pensar en su porvenir, solos, sin mujeres. Pero ellos parece que no se han apenado mucho. No los veo por ninguna parte. Les hemos quitado sus mujeres, y se quedan tan tranquilos.

—Os ruego que habléis con más respeto de nuestros pobres y desgraciados maridos.

—¡Con mucho gusto, señora! Sin embargo, como es posible que vuestros maridos pretendan aprovechar la noche para raptaros, velaremos, contando además con que ninguna de vosotras querrá marcharse de nuestro lado.

—Mucha confianza os tenéis. Pero os he de decir algo que ha de haceros desistir de vuestra actitud... ¿Qué haremos de los niños, señor? De los que hemos dejado en casa...

—Señora. Os puedo asegurar que tendréis nuevos niños...

—¡Si pudierais veros la cara! Secaos el sudor. ¿Tenéis pañuelo?

—Me parece, señora, que estáis burlándoos de mí y no puedo per-



EL RAPTO DE LAS SABINAS

A los cuatro años de fundar Roma, uno de los hijos de crianza de la célebre loba, Rómulo, tratando de calmar la desesperación de sus soldados, bravos muchachos de pelo en pecho y armado brazo, decide este rapto, famoso en los anales de la historia. Y dígase lo que se diga, a nosotros nos parece que Rómulo tenía razón.

En efecto. A los cuatro años de la fundación de Roma, los pobres muchachos guerreros no han logrado obtener mujeres, a pesar de los requerimientos de Rómulo a los pueblos vecinos, que se niegan a dar sus hijas. Es decir, que aquellos fornidos romanos estaban condenados a no sufrir la deliciosa condena del matrimonio. Algunos de los soldados de Rómulo habían echado el ojo a las sabinas, deliciosas mujercitas de unos vecinos del territorio que se extendía desde el Anio hasta la cresta del Apenino. Los sabinos, hombres de ley, que pasaban por ser el tronco de los samnitas y picentinos, adoraban al dios Marte, en la forma de una lanza clavada en la tierra. Pero eran hombres de ley. Invitados por Rómulo a una de esas cuchipandas de órdago, fueron, naturalmente, con sus mujeres. Y en lo mejor de la fiesta, cuando los "cocktails" de vino de Chipre, goma arábiga y el diablo a cuatro hicieron sus efectos, los muchachos de Rómulo se proveyeron de una sabina, y quieras que no quieras se la llevaron consigo.

La indignación de los sabinos no conoció límites al tener noticia del vandálico hecho. Por su parte, las sabinas se defendieron con dientes y uñas, y más de una hermosa nariz romana quedó hecha una albóndiga.

Los romanos, después de una larga peregrinación, depositan a las sabinas entre unas arboladas montañitas, que parecían especiales para raptores, y esperan que la indignación del primer momento haya pasado para iniciar la suave y prometedora escaramuza inicial en la batalla del alado y pequeño dios.

Pero en aquel descanso las sabinas toman alientos y desbordan ferocidad. Implacables como antiguas Sisebutas, empuñan el palo de amasar de su indignación. (¡Olé, las hipérboles!)

—¡Qué insolencia! ¡Qué cobardía! Han abusado de sus fuerzas esos viles romanos. ¡Oh, nuestros pobres maridos!... Os lo juro: antes les sacaría los ojos a todos los romanos, que seríale infiel a mi pobre marido.

—Yo también lo juro.

—Y yo...

—Todas juramos, y sin embargo nada adelantamos con jurar. Estos soldadotes son tan brutos, que no se puede esperar de ellos que respeten nuestros juramentos.

—A cien kilómetros trasciende su olor a soldados.

el artista apenas delineado,
ó en el mostrador sórdido,

empre! ¡Todavía conservo

a vida. No tendría fuer-
rico. Es fatal.

reemplazado a su naciente
rial.
s apilaron en el fondo de
on. Cuando se retorcían,
ficio, señor!

n venenos que agrandan
sin libros...

pecho y pensé en la pa-

nodesta biblioteca de un

Through the Dark Con-

o bien recibido por sus
Stanley anotaba delante
a. Una mañana el cam-
indígenas en actitud de

n el tara-tara (papel).
? ¡Si usted no quema

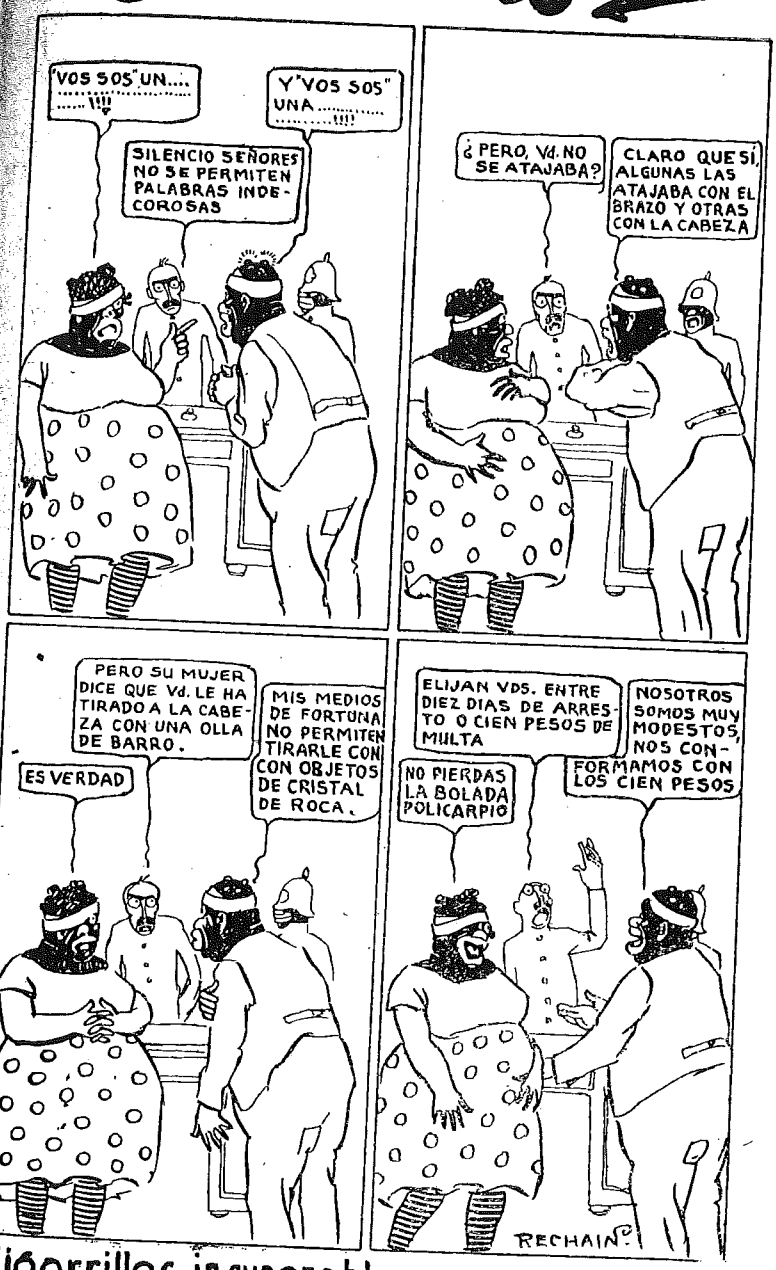
a de preciosos apuntes
ar un tomo de Shakes-

el tara-tara!
que durante muchas y
espíritu presa de into-
s al inocente Shakes-
encendidas brasas..."
owa y el curtidor de

s sobre los bancos, y
o, o "tara-tara", que
versos y hoy vende

O L I V E R

Página del Dólar



Cigarrillos insuperables en cada calidad
20, 30 y 40 cts.

ahogó allí el verbo magnífico del porvenir en el artista apenas delineado, que la mano brutal del "pater familiæ" aplastó en el mostrador sórdido, negro, de mercantilismo y de avaricia!

—Leo a hurtadillas... ¡Lo de usted, siempre! ¡Todavía conservo el "Poema del viento" con que me premiaron!

—¿Por qué a hurtadillas?

—Me llaman loco, me hostilizan...

—¡Deberías rebelarte!

—¡Sería inútil! Ya me he hecho a esta vida. No tendría fuerzas para la lucha. Mi padre dice que debo ser rico. Es fatal.

—A costa de tus sueños...

—¡Qué he de hacer! ¡Esto es distinto!

Y el joven miraba los cueros, que habían reemplazado a su naciente biblioteca y que constituían ya su mundo material.

—Me destruyeron los libros. Una noche los apilaron en el fondo de la quinta, y rociándolos con nafta los quemaron. Cuando se retorcían, parecían gemir. ¡Yo lloré de pena! ¡Qué sacrificio, señor!

—¡Es la barbarie!

—¡Oh!, mi padre afirma que los libros son venenos que agrandan la cabeza y achican las manos... El fué rico sin libros...

—¡Pero con cueros!

Me despedí de Alberto Lira, con triste despecho y pensé en la paradoja de la civilización y de la cultura.

¡Entregar a un auto de fe inquisitorial la modesta biblioteca de un muchacho, casi niño, es hecho salvaje!

¿Recordáis la anécdota que narra Stanley (Through the Dark Continent, II, 338), y que es típica?

El famoso explorador llegó a Mowa, siendo bien recibido por sus silvestres moradores. Confiado en su amistad, Stanley anotaba delante de ellos, en su libro, las observaciones que recogía. Una mañana el campamento extranjero fué rodeado por cientos de indígenas en actitud de guerra.

—¿Qué queréis? — preguntó el sabio.

—Nuestra gente vió a usted hacer señales en el tara-tara (papel). ¡Eso es funesto! ¿Por qué es usted tan perverso? ¡Si usted no quema ese papel, lo mataremos sin piedad!

Stanley corrió a su tienda, escondió su libreta de preciosos apuntes y revolvió su pequeña biblioteca. En ella pudo hallar un tomo de Shakespeare, igual a su libro de notas.

—¿Es este el libro que queréis que queme?

—Sí; ese es.

—Tomadlo.

—¡No! Es dañino. ¡Quemadlo aquí! ¡Muera el tara-tara!

"Di un triste adiós a mi genial acompañante, que durante muchas y aburridas horas de la noche había confortado mi espíritu presa de intolerables aflicciones, y, gravemente, eché a las llamas al inocente Shakespeare, arrojando sobre él con ceremonioso cuidado encendidas brasas..."

¡Qué semejanza existe entre el salvaje de Mowa y el curtidor de Buenos Aires!

Pero aquél usaba taparrabos y éste gira millones sobre los bancos, y se duerme en el Colón, masticando su odio al libro, o "tara-tara", que casi le "echa a perder" a su hijo, el que ayer hacía versos y hoy vende bozales para perros...

MANUEL MARIA OLIVER

sas, regalo del buen Zeus. El caballo ha sido objeto de debates literarios, filosóficos, hasta estéticos, y muchos de los comentaristas y críticos de su influencia en el planeta han terminado a bufidos y pechadas, o rodando en la pista de sus correrías intelectuales, víctimas de su escasa aptitud de jinetear a campo abierto y en redomón desenfrenado.

Pero el caballo no es estúpido, sino simplemente caballo, a quien nosotros llamamos noble y paciente mientras nos sirve, sin otra retribución que el heno y la cebada con que lo alimentamos. Cuando no puede con su esqueleto y es inútil para la labor, lo abandonamos a las sabandijas, a los abrojos y al horror del hambre, y solemos mirarlo con desprecio. ¡Entonces sí que es el esclavo mísero, hundido en la abyección y en el olvido! Yo no conocí otro gran caballo que Rocinante. En su grupa, don Quijote parece una estatua colosal. Los demás no han sido sino "mancarrones" de pacotilla, brutos tal como los define James, instrumentos de guerra, de desolación, de odio, de tragedia. ¡Cuántos chalanes y farsantes de feria no han mentido desde sus ancas, engañando a los pueblos!

Ahora se mima a los "estúpidos caballos" que corren en los hipódromos. Ellos son los fetiches modernos; la velocidad de sus patas determina el ritmo de la nación, impulsa el progreso, sintetiza el carácter de la raza. ¡Qué grandes caballos son esos que arrancan a las muchedumbres una devoción ultraterrena! Muchas veces, envidiamos a los caballos finos, aristocráticos, altaneros, sensuales, dichosos...

Las gentes son así: hacen la felicidad de los caballos y la desgracia de sus semejantes. Es un problema psicológico de compleja solución.

Conozco personas que no tienen amor, ni virtud, ni ideales, ni sentido común, pero poseen "su caballo" "hipodrómico". Con ello han llenado su ensueño. ¡Para esto la Providencia les dió ubicación en la vida!

No son los caballos los que merecen el estigma de estupidez, sino los que se "acaballan" y proceden a coces y a relinchos, es decir, los que descienden de su condición cognoscitiva a la animalidad del bruto.

QUEMANDO "TARA - TARA"

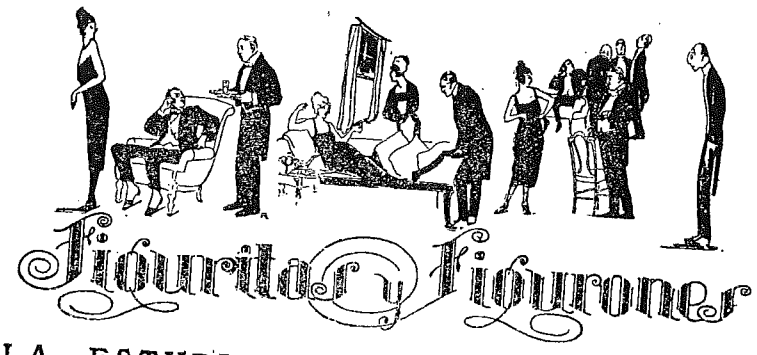
Penetro por casualidad en cierta casa de comercio especialista en artículos de talabartería. Voy a adquirir un collar para mi perro. ¡Siempre tiene uno un can que embozalar! Mientras elijo el adminículo, escucho la voz conocida de alguien a quien no veo hace mucho tiempo. Pero en esa talabartería, entre tanto cuero, monturas, rebenques, látigos, pecheras, baúles... ¡no puede ser!...

—¡Alberto Lira! ¿Usted aquí?

El muchacho, rojas las mejillas, me saluda tímidamente. Fué mi mejor discípulo, un soñador, en cuyo cerebro vibraba la inspiración poética. Recuerdo que su estilo era límpido, rotundo, vigoroso y que su imaginación chispeaba al calor del entusiasmo juvenil. Había en su inteligencia la frescura de la fuente y la honda concepción estética del elegido. Un día no vino más a clase y oí decir: "¡lo han empleado!..."

—Aquí estoy, trabajando... Me obligaron a ello. Mis padres abominan de la literatura y una noche me quemaron los libros, prohibiéndome la lectura. Nada les convenció de que yo haría carrera y me emplearon en su negocio. ¡Es una vergüenza!

No respondí. Adiviné en sus pupilas infinita melancolía y en su frente agostada el lejano brillo de la voluntad en fuga. El grosero utilitarismo, el agrio y egoísta espíritu "práctico", había hundido al muchacho en ese tendejón saturado de olor a barniz, a charol y a cuero. ¡Acaso se



LA ESTUPIDEZ DE LOS CABALLOS

William James, el psicólogo, ha escrito un capítulo en "Los Principios", refutando a Darwin la teoría que éste sostiene acerca de la inteligencia de los animales. James, en su "Contraste intelectual entre el bruto y el hombre", señala el hecho probado de que el primero obra por instinto, siendo incapaz de asociar la idea por semejanza. Además, carece de conciencia, o del conocimiento de sí propio. Y agrega el profesor de la Universidad de Harward:

"El caballo es un animal profundamente estúpido, y no va más allá "de la asociación por contigüidad. Lo encontramos inteligente, en parte, "por ser tan bello de forma y movimientos, y en parte, porque tiene dicha "asociación por contigüidad enormemente desarrollada y puede ser ha- "bituado a una infinidad de cosas. Si tuviera un poco de inteligencia, no "sería tan esclavo como es."

Acaso el psicólogo abrigue cierta inquina hacia el cuadrúpedo que ha merecido inmortalizarse en la historia, llevando sobre su lomo a reyes, bandidos, cruzados, asesinos, santos y apóstoles. El figura en todas las campañas de ayer, y es la silueta central de epopeyas y catástrofes, hasta el extremo de simbolizar la gloria en un relincho, o en el flamear a los vientos las duras crines. La humanidad, siempre imitativa, tomó del caballo modalidades que eran propias de su contextura: la patada, el mordisco, el galope, el corcovo, la "sentada", la "mordida de rienda" y la "media vuelta". He aquí el problema a que James no llegó: si el caballo es tan estúpido, ¿por qué el hombre lo remeda? Nadie negará que existen en el mundo seres pensantes que dan coces con mayor perfección y éxito que las de los equinos sin conciencia de su "yo". En cuanto a los relinchos y a los mordiscos, el orbe tiene el aspecto de un potrero o de una caballeriza. En cada acto razonador se descubre la huella del casco y de la herradura, que para muchos posee la virtud del amuleto, o la llevan colgada de la cadena del reloj; esto cuando no se ostenta la efigie del potro alazán, o de la yegua doradilla, bien grabada en la tabaquera o en el relicario de familia.

—¡Es estúpido como un caballo!
—¡Qué bestia caballar!
—¡Si será caballo!
—¡Bruto como un bagual!

Todas estas frases, no muy angelicales por cierto, las aplicamos en la vida común, aceptándolas como máximas profundas. James no imaginó que la estupidez humana descendería a indentificarse con la estupidez del nieto de Pegaso y con la de los biznietos de los corceles de Hércules y los tataranietos de aquellos jamelgos de la Iliada, que tiraban del carro de la aurora, sintiendo en sus carnes gordas las nalgas divinas de las dio-

¡ALEGRIA! ¡ALEGRIA!

El hombre, que es el único ser de la creación dueño de la risa, suele perder con demasiada frecuencia, por desgracia, este don divino, no tan sólo por los afanes y amarguras de orden moral, sino también por causas que tienen su origen en los males físicos. Entre éstos, y teniendo en cuenta su influencia inmediata sobre el carácter, están en primera línea todos aquellos que residen en el estómago, y las vías digestivas.



Lo de *mens sana in corpore sano* es una verdad incontrovertible; pues todo ser humano que goza de buena salud, trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente, y por fin, disfruta de la vida y sus placeres, sonriendo constantemente ante su dicha.

Es necesario, pues, asegurar cuanto antes y por el mayor tiempo posible, este bienestar inapreciable, para lo cual hay que empezar por cuidar de que los órganos del cuerpo marchen arreglados como un reloj, funcionando metódicamente, de manera que estómago, vientre, hígado, etc., cumplan sus providenciales cometidos con regularidad y perfección.

Para este fin no hay más que usar oportuna y sistemáticamente las renombradas

Pildoritas Reuter

el laxante más eficaz, sencillo y cómodo a que pueden recurrir los que padecen de estreñimiento o malas digestiones, pues su acción es suave y segura, y sin causar dolor ni irritación, eliminan los residuos nocivos y vigorizan todo el aparato digestivo.

Usando las Pildoritas Reuter el dispéptico debilitado y entristecido adquiere su vigor prístino, las digestiones no son una penosa labor, la sangre fluye fresca y abundante en glóbulos rojos, las células gastadas se renuevan, la mente descansada de la fatiga del dolor, despierta y se anima, y cuerpo e intelecto son bañados por la onda suprema; ¡alegría!, ¡alegría!

Unicos Importadores:

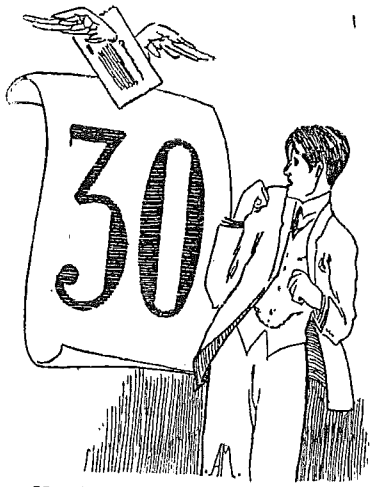
I L L A & Cía.

MAIPU, 73 **Buenos Aires**

sella con un beso, vibra en un solo estremecimiento y fructifica entre los sonrojos de la moza y las impaciencias del varón.

LA IRONIA DEL RELOJ

Yo no uso reloj, ni miro jamás el almanaque. No deja eso de ser un prejuicio como el vivir pendiente de ambos adminículos. El tiempo, implacablemente, corre segundo a segundo, restándonos vida y dándonos experiencia y cansancio. Llenándonos de ilusión o desesperanza. Y es inútil que nos resistamos a consultar el reloj o a mirar el almanaque; los días seguirán pasando con su sucesión de horas y minutos. Las noches seguirán envolviendo en sombras la ciudad, nuestro desvelo, el insomnio inspirado de nuestra labor y el sueño de los seres queridos.



Cada día que pasa amontona más recuerdos en la mente, y se parece más al ayer porque nuestro cansancio nos da al fin un ritmo único, que sólo altera la Implacable.

Pero yo no quiero vivir los días y las horas que no dicen nada a mi espíritu. Por eso, no consulto el reloj, no miro el almanaque. Prefiero vivir los momentos compuestos de minutos, de horas o de días. La ilusión de un amor es toda ella un momento. La borrachera de un triunfo es otro momento. La fiebre de la lucha, el desengaño de una falsía, el derrumbamiento de una ilusión... Todos momentos. El de la sinceridad y el de la mentira. El del amor y el del deseo. El de la firmeza y el del cansancio.

Y, dividido así el tiempo que he de vivir, seguro estoy que prolongaré mi juventud y, con ella, mi vida.

Que el destino que preside y dispone de nuestras vidas haga que nunca tenga que mirar el reloj con sobresalto, ni que tenga que asombrarme de lo rápido que transcurre el tiempo.

Bastante tiranía para los hombres que tenemos el honor y la molestia de ser pobres, con el gesto severo imperturbable del casero, que cada treinta días vulgares nos hace entender, pretende hacernos entender la utilidad del almanaque, del reloj y de las casas de renta.

Yo, por mi parte, afirmo que nunca comprenderé la necesidad de esos adminículos. Yo divido mi tiempo en momentos, y esos en que el buen señor que tiene el honor de ser propietario de la casa donde vivo viene con el gesto severo e imperturbable y un papelito en la mano a recordarme que han pasado treinta días vulgares, son, ¡lo juro!, momentos angustiosos de desesperanza, de vulgaridad...

JOSÉ ANTONIO SALDIAS

ILUSTRÓ MONTICELLI

nos Aires que en esos días parecen grandes escenarios de belleza, de gusto y de elegancia. Pero todos los días y en todas las calles podemos contemplar el espectáculo maravilloso de nuestras "mujercitas", de las que ayer no más eran unas chiquelas y son hoy las representantes de la nueva generación femenina.

Sus siluetas graciosas y movedizas avanzan, se detienen y se pierden entre la marea de la muchedumbre que marcha por las aceras desbordándose hasta las calzadas. Sus labios frescos pierden por momentos sus contornos de corazoncitos para entreabrirse, estirados por la sonrisa.

En los ojos alumbra el reflejo de una impaciencia de vida y de calor, y la parla rápida, continua, trivial y alta de tono habla elocuentemente de la despreocupación, de la felicidad de esos seres adorables, que empezarán a sufrir mañana cuando sean "mujeres" y tengan sus almitas que resistir el oleaje de las pasiones, el dolor de amar, la tortura del deseo, la pena y el desconsuelo del abandono...

Hoy los novios son chicos que marchan a su lado provocando sus sonrisas. Son buenos; sí, son buenos mozos, y hablan como en las novelas que ellas leen en el taller, antes de acostarse, en su casa, o en el tranvía que las lleva hasta ella. Los tienen porque las amigas y compañeras tienen todas el suyo, y se hacen acompañar y ríen y hasta llevan su retrato. Pero si en lugar del chico inofensivo con quien la guerrilla del amor es un deporte liviano, es el hombre lobo que husmea la carne fresca y la belleza juvenil de la mujercita, ha de ser fuerte, ha de ser valiente para no sucumbir. El profesional del amor desplegará ante sus ojos un panorama maravilloso, sobre el fondo rosado de un horizonte de ensueño. Hará la comedia de su amor eterno, jurado y engañoso. Más mentido cuanto más jurado. E insensiblemente la irá llevando, como en las historias vulgares de muchas casas humildes de donde un día salió aquella chica para no volver más. O para volver derrotada.

Yo, que me siento cursi para la cínica ética diogeniana del momento; yo, que bendigo al amor, le rindo tributo y no me arrepiento de los bienes y males que he hecho en su nombre, siento impulsos de arengar a esas "mujercitas" de mi ciudad, que serán mañana las mujeres que sufran y las que han de enriquecer la vida de los nuevos hombres de la generación que empezará a vivir cuando yo decline.

Pero me siento pequeño para decirles evangelios de amor y me siento cobarde para proclamar su reino absoluto. Sin embargo...

La vida se ennoblece por el amor y estamos en la vida para amar. El amor grande y santo está al margen de los prejuicios que creó el cristianismo para refrenar el impulso de los instintos, y que hoy son los tiranos del mundo. Por amor se concibe todo lo bueno, y la fórmula suprema de la bondad se concreta en un gran amador. Don Juan ha hecho tanto bien a la humanidad, como don Quijote, como Jesús...

Sólo que el amor en la vida tiene fórmulas concretas. Los seres fundan sus amores por una ley determinante del destino, que parece que los echara a uno en brazo del otro. Y la pureza del amor es aún más relativa que la misma ética cristiana creada para refrenar impulsos del instinto, y que hoy maniata las conciencias y reduce el amor a fórmulas de conveniencia.

¡Mujercitas!

El amor es el dueño del mundo. Es la fuente de la vida, es su esencia. Entre los hombres crece en esas maravillosas lianas de la amistad que se entrelazan, se aferran y se abrazan a los santos afectos.

En las parejas se enciende con una mirada, vive de un aliento, se

mente, al rato, se encontrará con Fulánez, y aproximándosele misteriosamente, le dirá:

—Tengo algo importante que decirle. — Y ante el gesto de interés de Fulánez, proseguirá: — Dígame, ¿qué tiene usted con Mengánez?

—Nada. ¿Por qué? — responderá, más interesado aún, Fulánez.

—¡Caramba! Lo he encontrado en la calle, y se expresó en una forma de usted, que yo, que lo conozco y sé quién es usted, hube de intervenir y hacerlo callar.

Lo raro del caso es que Fulánez y Mengánez no se encuentran contemporáneamente con el chismoso. La única manera de intentar una cura del chismoso es provocar ese encuentro. En cuanto siente que la atmósfera está cargada de coscorrones, bofetadas y puntapiés, el chismoso se escurre, desaparece, si lo dejan. Si no, al verse perdido, trata de confundirlos con los "me dijo", "le dije", "me dejo de decir". Pero por lo general sale bien del asunto. El hombre que presta oídos al chisme, como el que lo fomenta, es un inferior y un cobarde. Como la mujer que lo tolera...

El chisme es la intriga cortesana, desvirtuada, y, como ésta, es producto del despecho o de la envidia. Malos inspiradores, por cierto, que no abonan el acervo espiritual de ningún hombre de conciencia y de rectitud. El conventillo ha difundido el chisme en nuestra gran ciudad. Los hombres nos miramos con recelo, y nos levantamos los últimos de una reunión, seguros de que si lo hacemos antes dejamos nuestra reputación en manos de los chismosos.

Y en balde trata el hombre de ser consecuente consigo mismo y seguir en su vida una línea de conducta sin torceduras y sin claros de renunciamiento. Bastará que dos o más semejantes se hallen reunidos en "amable" rueda de charlatanismo, para que el tesoro espiritual más preciado caiga desmenuzado ante la insinuación insidiosa del taimado.



—No es por hablar mal de nadie, pero Fulano, ¿eh?

Pero si el chisme es entre los hombres la perversidad hecha palabras, cuando se refiere a las mujeres es canallesco, criminal. Se dicen las cosas entre sonrisas picarescas de inteligencia. Se habla de intimidades de alcoba sin dar importancia a las palabras. Se desmenuza la honradez, la reputación, el pudor de las mujeres, con una sonrisa que equivale a una mentida intimidad, y lo peor del caso es que aquella baba se pega como la baba del diablo, y frente al chismoso no hay nadie que lo haga callar de una bofetada. Por eso, porque el hombre que presta oídos o fomenta el chisme es un inferior o un cobarde...

LAS MUJERCITAS

VAMOS por las calles nuestras, marchando con nuestro bagaje de ensueño, de ilusión, de vagabundos enamorados del movimiento febril de la urbe y del desfile multicolor de nuestras mujeres. Hay días en Buenos Aires en que no se ven mujeres feas. Hay calles de Bue-